This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 298 914

Digitized by Google

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 789
C355

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

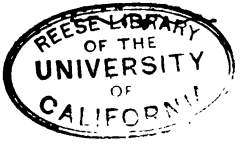
LA

CAPITANA COOK

ESTUDIO DE VIAJES

POR

DON JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO



MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚMERO 29
1871

PROPIEDAD

Digitized by Google

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 10/90

Digitized by Google

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

I

El 7 de Febrero de 1851, si la memoria no nos es rebelde, se abrió al público el ferro-carril de Madrid á Aranjuez. Este acontecimiento habia excitado vivamente la atencion de los habitantes de la corte; porque el tal ferro-carril era el primero construido, áun cuando no el primero explotado en España, y el primero que se abria en el centro de la Península, para servir de base á la red que por el Sur habia de conducirnos al mar, y por el Norte habia de llevarnos al concierto de las naciones cultas de Europa.

Aquellas once leguas escasas de explota-

199845

Digitized by Google

cion que escondian veintidos leguas de viguetas de pino, sobre las cuales salian á luz otras tantas de barras de hierro, eran el preludio dichoso de una serie de trabajos, actividades, desembolsos y movimientos de riqueza y de vida, que indudablemente estaba llamada á trasformar el país. No se hablaba, pues, de otra cosa en ninguna parte, ni nunca se notó unanimidad de pareceres más completa entre los cortesanos.—«Vamos á tener ferro-carriles (decian con el mayor júbilo): vamos á alternar con los pueblos civilizados del continente.»—Y así era lo cierto.

En tres grupos podemos dividir á la multitud que se ocupaba del suceso dia y noche. El primero y más escaso, lo componian esas personas que por el desahogo de su posicion, ó por otras causas, habian viajado ya en ferro-carriles extranjeros, y no podian oir sin cierta burlona sonrisa, los mil dislates que acerca del asunto propalaban

Digitized by Google

con cándida ignorancia los asíduos visitadores de las obras de la Puerta de Atocha. El segundo grupo, mucho más numeroso, estaba formado de esas gentes que, debiendo saber lo que era un ferro-carril, no lo sabian, sin embargo; y ni alternaban con los conocedores, por miedo de enseñar la oreja, ni querian hacer coro con el vulgo, por temor de que se les tachara de ignorantes: éstos solian subir á deshora al Cerrillo de San Blas para perseguir los movimientos de aquella X de la civilizacion, y poder rectificar errores ó adelantar noticias, ni más ni ménos que los felices iniciados en el mecanismo de caminar con hierro y sobre hierro. El tercer grupo, por último, lo constituia esa muchedumbre indocta, pero franca, crédula y suspicaz al propio tiempo, ignorante y aguda, que carece de la vergüenza del no saber, áun cuando pretende no equivocarse jamás, y á quien siempre ha engañado y engañará la ciencia, por más que ésta le

 ha-

Digitized by Google

haya concedido el sufragio universal por arma, y el mote de *vox populi* por divisa.

Ese tercer grupo hablaba del camino en esta forma:

—Corre tanto (decian unos), que si no se cierran los ojos, se tiene el peligro de quedarse ciegos.

—Corre tanto (exclamaban otros), que en los viajes de pocas leguas apenas hay tiempo para sentarse y levantarse.

—Es tan peligroso sacar la cabeza por la ventanilla, que uno que la sacó (murmuraba en son de advertencia un prudente), la dejó pegada al arco de un viaducto, siendo tan veloz el golpe, que la cabeza gritaba en el espacio y el cuerpo se removia en el carruaje.

—Dicen que el camino de hierro (referian las mujeres de los barrios bajos), es lo mismo que el viaje de las almas al otro mundo: cuando la máquina es un ángel, el viaje parece una gloria; pero cuando es diablo, se

Digitized by Google

despeña el tren en los profundos infiernos.

—Yo no me meteré.

—Pues yo sí.

—Pues yo nó.

Esa muchedumbre, en fin, es la que sospechó entónces si los caballos irian dentro; la que esperaba á la locomotora á pié firme sobre la vía, sin que la pudieran apartar con ningun género de reflexiones; la que apostaba con su mulo ó su caballo á correr las once leguas ántes que el tren; la que se arrodillaba y descubria en el campo al paso de los coches; la que tiraba piedras á los viajeros; la que inventó gritar en los encuentros, especie de *hosanna* bárbaro de la civilizacion; la que dió, por último, sus poderes á aquel hermoso toro del Jarama, que viéndose inquietado en la pacífica posesion de su dehesa por el grito estridente de la locomotora, saltó al camino, miró con ojos de desprecio á su bullicioso adversario, á aquel mastodonte de piel negra y patas

Digitized by Google

circulares, que vomitaba fuego y respiraba estertores, acometiéndole con tal furia y clásico ardimiento, que pudo creer en su victoria, segun la presteza con que quedó aplastado sobre las barras; ¡torpe, pero nobilísimo acto de valor, que sintetiza las resistencias del pueblo á todo lo que va á modificar profundamente su modo de existir!

En este propio grupo de las muchedumbres tenemos que apuntar ciertas individualidades, poco ó nada bulliciosas, que fluctuando entre un pasado de que dudan y una civilizacion en que no creen, reservan para sí los juicios íntimos de su entendimiento.

Aludimos á esos ancianos de la clase media, que decian callandito:—«Yo ya soy viejo; siempre fuí en coche ó á caballo, y fuí bien; ¿á qué meterme en ese ferro-carril?»—O á esas mujeres, madres de familia, que en todo ven terrores para sus hijos, y murmuraban dentro de su pecho:—«¿Qué no inventarán los hombres en este siglo? ¡Dicen que

Digitized by Google

esos nuevos viajes son muy cómodos y muy baratos; pero dicen tambien que ocurren en ellos con frecuencia tales desgracias...!»

El dia en que se da comienzo á nuestra historia, próximo á ese que hemos apuntado á la cabeza de esta relacion, verificábase en una modesta casa de Madrid la escena que vamos á narrar del modo siguiente:

Un hombre como de cincuenta y cuatro años, una mujer como de cuarenta y dos, una jóven como de diez y seis y un muchacho como de nueve, se hallaban formando grupo de familia al rededor de una mesa redonda, tapada con ancho tapete verde, cubierta de hule ribeteado con cinta, sobre la cual, entre otros objetos de uso comun, habia un quinqué de mediano precio y clarísima luz, cuya pantalla de un solo color, festoneada en ondas por tijeras domésticas, proporcionaba penumbra á los rostros y visualidad á las labores de cada uno de aquellos cuatro séres abstraidos.

Digitized by Google

El hombre leia un periódico con ayuda de unas gafas dobladas, que ayudaban á ratos una cortedad de vista incipiente. La mujer cosia sobre una almohada ligera, de confeccion vulgar, y no sabemos si cosia tela nueva ó remiendos de camisa de muchacho. La jóven hacia una labor de palillos, con algodon blanco y azul, especie de colcha ó forro de sofá. El niño leia ó hacia como que estudiaba en un libro de escuela, comido por las puntas. Eran, pues, evidentemente lo más comun de la existencia humana. Un padre, una madre, una hija y un hijo.

El dia era, asimismo, el más vulgar de los dias; primeros de Febrero. La hora, la más vulgar de las horas; las nueve de la noche. El cuarto, el más vulgar de los cuartos; el comedor de un piso segundo de diez reales. La actitud de la familia, la más vulgar de las actitudes; lectura, trabajo, estudio. Lo único que no parecia vulgar era el

Digitized by Google

silencio, porque el silencio respetuoso y digno en tales lugares, en tales dias, en tales horas y entre tales individuos, tiene algo del aroma de la limpieza, algo del ruido inarticulado del templo, algo de las misteriosas armonías de las almas que se confunden bajo la campana de una chimenea ó bajo la pantalla de un velon, sin hablarse palabra, porque no tienen boca; pero sin dejar de trasmitirse muchas ideas, porque tienen ojos donde éstas se posen, y por donde se comunican perpétuamente.

El padre parecia que ya no encontraba nada que leer, ó que habia llegado á un punto sobre el cual juzgaba oportuno romper el silencio: sin embargo, cuando se apartaba las gafas de los ojos é iba á hablar, cambiaba repentinamente de propósito y se volvia al párrafo notable que habia leido. La madre parecia que estaba pensando en todos á un tiempo; la jóven parecia que no pensaba más que en una cosa; el muchacho

Digitized by Google

parecia que no pensaba en nada, y, por supuesto, ni en su leccion. Todos abstraidos, como hace poco notamos, estaban, á pesar de ello, en comunicacion visible y directa los unos con los otros; en comunicacion de familia que se adora; en comunicacion de familia que vive siempre unida; en comunicacion de familia que apenas se trata con nadie, que pasa horas, dias, semanas, meses y años en una aparente indiferencia; pero que al separarse un solo minuto no se hallan, no se encuentran, no comprenden el vivir el uno sin los otros. Al rededor de aquella mesa, pues, habia silencio; pero en el silencio habia ruido.

Al cabo el padre hizo un supremo esfuerzo, y exclamó dejando sobre la mesa el periódico, y las gafas sobre él:

—María: el 7 se abre el ferro-carril. Ya no hay disculpa para el viaje: es menester hacerlo.

La madre, que pensaba efectivamente en

Digitized by Google

todos y en todo, levantó con viveza el rostro de su costura, vaciló en si deberia objetar con algunas razones las palabras de su marido; y echando una ojeada sobre la niña y el muchacho, volvió á clavar su aguja diciendo:

—Tienes razon, Gabriel; es menester hacerlo.

Hubo entónces un momento de pausa, pasado el cual murmuró la jóven, echando sobre la almohada de su madre los palillos de la labor:

—Sí, mamá; es menester hacerlo.

Todas las miradas se dirigieron en aquel instante al muchacho, que cerraba su libro con infantil estrépito, gritando:

—Sí, mamá; es menester hacerlo.

Digitized by Google

II

El ruido del muchacho, la actitud contemplativa de la jóven, que dirigia sus ojos con solicitud á la cara de su madre, y el esfuerzo de Don Gabriel, ya consumado con éxito, alteraron la respetuosa solemnidad de la velada. Cuando el jefe de una familia, en consideracion al cual callan todos, rompe el silencio despues de una lectura, sucede algo semejante al primer acorde de una sinfonía de comedia: el público entero se dispone á gozar del principio del espectáculo.—Comencémoslo, pues.

Digitized by Google

Don Gabriel, cuya edad emparejaba poco más ó ménos con la del siglo, era hijo de un teniente coronel de las guerras de Napoleon, á quien los horrores de la campaña y la esterilidad de los esfuerzos de la justicia, habian convertido en filósofo civil. Odiaba el viejo las armas, como los actores de mediana reputacion odian el teatro; y no queriendo que su Gabriel perteneciera á ellas, ni áun con los gajes propios de su posicion paternal, dedicóle al comercio de cabotaje en un puerto del Mediterráneo, donde cobraba algunas veces su modesto retiro, despues de haberle enseñado matemáticas y lenguas al estilo moderno, y moral y honradez al estilo antiguo.

Gabriel honró desde el primer dia las previsiones de su padre con su conducta morigerada, su aplicacion creciente y sus adelantos visibles. En poco tiempo hubiera llegado el jóven á ser un mercader de primera clase, si un dia no se hubiese presen-

Digitized by Google

tado de improviso al autor de su existencia diciéndole:

—Padre mio: la integridad de nuestra patria peligra. La nacion llama al servicio á los jóvenes de mi edad, y yo no tengo felizmente pretexto ni disculpa para exceptuarme. El año que viene iré forzado al ejército: ¿quiere usted que vaya voluntario hoy?

El viejo teniente coronel, que, como los actores de mediana reputacion, no pueden vivir más que en el teatro, y si se retiran algun dia del servicio de las tablas públicas es para dirigir comedias caseras, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y estrechando á su hijo contra su corazon, le dijo:

—Eres digno descendiente de tu padre: yo tambien fuí voluntario. Anda con Dios, hijo mio, y que él te proporcione mayor fortuna que la mia.

Gabriel partió al ejército como el que

 cum-

Digitized by Google

cumple un deber de conciencia: sin entusiasmo y sin ambiciones. Corrió muchas veces hácia adelante, pocas ó ninguna hácia atrás; fué buen subordinado y excelente camarada; todo lo cual le valió, en no muy larga fecha, dos charreteras de capitan y dos músculos ménos en la pierna derecha. Retiróse, pues, por inútil, áun cuando á la simple vista no estaba cojo; voló á su pueblo, en donde el pobre padre acababa de morir bendiciéndole; y como allí no le esperaba ya nada sino la tumba de la tierra en que el viejo yacía, y la tumba del mar que tambien se habia tragado al barquichuelo de su infancia, recordó una notable carta de su padre, y se dirigió á la casa del pueblo donde estaba fechada. La carta decia así:

«Mi querido Gabriel: Te escribo en casa de Doña Tomasa, la viuda de aquel labrador á cuya huerta solíamos ir los domingos

Digitized by Google

cuando desembarcabas. Es decir, no te escribo yo; te escribe Mariquita, la hija mayor de la viuda, que tiene muy buena letra y es la que más se acuerda de tí. Si encontraras un medio honroso de retirarte del servicio, una noble herida, por ejemplo, que sin inutilizarte te hiciera inútil, ¡cuán feliz seria yo en los últimos años! Mariquita se niega á ponerte esto, porque no quiere que caigas herido: componte, pues, de otra manera para retirarte. Tengo la idea de que voy á morir pronto: excusa tú las ocasiones de matar á nadie. ¡Si vieras qué poco se vive en el mundo!

»Un primo de Doña Tomasa que está muy rico en Almería, busca un hombre de bien que se encargue de no sé qué asuntos de comercio: ha de entender mucho de contabilidad y algo de idiomas. Si sabes de algun compañero tuyo que tome la licencia y pueda servir para esto, ya ves que se le haria feliz.

Digitized by Google

RECEIVED BY THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»La semana anterior tuve un ataquecillo de asma que me puso en cuidado; pero Doña Tomasa que no tiene precio, y Mariquita que en cuanto me ve enfermo no se aparta de mi lado, me sacaron adelante sin permitir al médico que me sangrara. ¡Sangrarme á mí!

»Que siga usted tan pundonoroso y tan bizarro, señor capitan.

TU PADRE.

P. D. Expresiones de toda esta familia, y en particular de la amanuense.»

Gabriel, decíamos, corrió á buscar esta casa del pueblo, en defecto de la suya. Allí encontró las memorias de su padre, los pobres bienes de su padre, la veneracion y las lágrimas que él debió tributar á su padre moribundo; conservado todo y todo sustituido dignamente por aquellas tres criaturas á quienes jamás habia prestado ningun servicio, ni podian esperar de él

Digitized by Google

ninguna recompensa. Se lloró, se lamentó la fatalidad que interpuso algunos meses entre el fallecimiento del anciano, acaecido como término natural de su vejez achacosa, y el regreso del hijo por quien se suspiraba en comun todos los dias.

Pasado este primer momento de emociones tiernas y sagradas, la viuda dijo al militar con un poco de rubor y algo de timidez campesina:

—Gabriel: no puedes figurarte con cuánto gusto te ofreceria una habitacion en esta casa. Tu padre la ganó con su afecto hácia nosotras, y tú la mereces por el cariño que nos manifiestas; pero somos tres mujeres aisladas y sin calor de hombre: los pueblos, ya lo sabes, no viven más que de la murmuracion; capaces serian de decir que yo te cobijaba en mi techo para casarte con alguna de mis dos hijas.

—Todo lo comprendo (interrumpió Gabriel dándose por convencido), y de ninguna

Digitized by Google

manera me hospedaria en esta casa provisionalmente. El pueblo murmuraria, y no sin falta de razon, señora; porque yo vengo decidido á casarme con Mariquita si ella quiere, y no hay anterior compromiso que se oponga á ello.

Mariquita desapareció en aquel instante de la sala, como si el anuncio de un peligro inminente le aconsejase huir. Doña Tomasa y Rosalía quedaron como petrificadas.

—¿Qué es esto? (repuso Gabriel con cierta confusion). ¿Habré llegado tarde? ¿Será algun desatino lo que propongo?

Mariquita, tras de la cual habia salido su hermana, se habia refugiado en una habitacion próxima, y lloraba, ó por mejor decir, ahipaba sin poder llorar, cubriéndose el rostro con su pañuelo. Doña Tomasa dijo á Gabriel:

—Perdona, hijo mio, que á todas nos haya causado sorpresa tu proposicion. Ninguna la esperábamos. Mariquita no ha te-

nido

Digitized by Google

nido ningun novio, ni ha mirado á hombre alguno en su vida. Voy á ser franca contigo, Gabriel; pero el promotor fiscal que la ha pretendido, nunca recibió de ella ni una mala contestacion ni una buena esperanza. Hizo que lo trajeran aquí, con ánimo, sin duda, de pretender á la muchacha; porque, dicho sea sin jactancia de madre y sin ofender á la otra ni á ninguna, mi María es capaz de hacer feliz á cualquier hombre. Pero sucedió lo que te he dicho: el fiscal no tuvo medio de explicarse, ni ella le consintió que se explicara; y á no ser porque al cabo de cierto tiempo simpatizaron él y Rosalía, el hombre no hubiera puesto más los piés en esta casa. Hoy (y esto te lo digo en reserva) creo que se entienden los dos muchachos. Yo hago como que no sé nada, y en el pueblo me parece que ni lo han sospechado siquiera.

Descubrióse el velo, por último. María estaba enamorada de Gabriel. Rosalía hubiera

Digitized by Google

biera sido infeliz, si su hermana hubiese aceptado las primeras insinuaciones del fiscal. Doña Tomasa creyó ver la mano de la Providencia en aquel doble enlace que santificaba y recompensaba una vida de virtudes. Las dos bodas se realizaron á un tiempo. El tio de Almería fué padrino de ambas, y confirió á Gabriel, como regalo de boda, el empleo comercial de que se hablaba en la carta del anciano. Al fiscal le consiguió, por sus relaciones en Madrid, los honores de juez de primera instancia, y la seguridad de que se quedaria en el pueblo. Doña Tomasa estuvo á punto de morir de gozo.

Pero como no hay dicha absolutamente completa en el mundo, el empleo de Gabriel, que era de representante de una empresa metalúrgica, tenia su residencia en Madrid al lado del gobierno y de la banca. Partieron, pues, á pocas semanas de la boda Gabriel y María para su destino, dejando un rau-

Digitized by Google

dal de lágrimas sobre la tumba, cerrada ya, del pobre teniente coronel, y sobre la losa, probablemente abierta, de la pobre viuda del hortelano.

El fiscal se estableció definitivamente con su suegra, á quien dió tranquilidad doméstica con su conducta, alivios personales con sus cuidados, y un nietecillo como una bola, que siendo el encanto propio y la dicha de su madre, era á la vez el delirio de su abuela.

Así trascurrieron años, sin que una nube empañase la existencia feliz de ambas familias. Al cabo, el tiempo, que todo lo consume con lentitud solapada pero infalible, apagó los dias de Doña Tomasa en esa muerte senil que semeja la desaparicion del justo. El fiscal, que no habia querido ascender á juez mientras viviese la madre de Rosalía, por no sacarla de su casa y de su pueblo, ni apartarse de ella, fué ascendido entónces á un juzgado de las Baleares, para donde partió en un barco desde Almería. Allí ve-

Digitized by Google

getó nuevos años en el monótono cumplimiento de su deber, sin olvidar una semana siquiera el comunicarse cariñosamente con sus cuñados. Era en lo que daba mayor gusto á su esposa.

Fué trasladado luego con ascenso á la provincia de Valencia; despues con una última categoría á Albacete, cuya Audiencia se habia establecido poco ántes; y allí, quizá por el trabajo ó por una predisposicion natural, perdió la vista casi repentinamente á causa de unas cataratas agudas, que en sentir de los médicos eran incurables, porque ocultaban una cruel gota serena.

Duro fué para aquella dichosa familia este gravísimo contratiempo; pero como la resignacion cristiana todo lo soporta, pidió el juez su jubilacion forzada, recordó que sus padres le habian dejado una casita en el pueblo de Pinto, cercano á Madrid, y en jornadas cortas trasladáronse á ella con su moviliario, abrigando el consuelo, después

Digitized by Google

de todo, de hallarse cerca de sus hermanos.

Durante este tiempo, Gabriel y María, que ocupaban la misma casa á donde se bajaron en Madrid, habian tenido la fortuna de bautizar una niña primero, otra despues, y un muchacho por último. La niña de en medio murió durante su crianza. A la mayor se le puso el nombre de su padre, Gabriela; al niño el de la madre, Mariano; la niña muerta se llamaba como su abuelo paterno, y se fué con él.

Habia, por consiguiente, en casa de Don Gabriel, una existencia desahogada con el retiro de la capitanía del padre, unos cortos bienes de la legítima de la madre, y un sueldo no largo, pero bien pagado, de la empresa metalúrgica.

Habia además una niña encantadora rayando en la juventud, un niño empecatado rayando en delirio para todos los suyos, y el recuerdo de una criatura que se murió. Padre desahogado y modesto, madre hon-

Digitized by Google

rada y laboriosa, hija en quien se refleje ella, hijo en quien se refleje él, vision constante de una cajita mortuoria con cintas azules: hé aquí el conjunto completo y hasta donde es posible dichoso de la existencia humana.—Nadie se extrañe de que agreguemos á la dicha el más cruel de todos los dolores y la más horrible de todas las desgracias. Mayor dicha seria, ¡quién lo duda! una filiacion constante y jamás tronchada; pero como esto no es posible, como Dios ha permitido la mayor mortalidad en la mayor pequeñez, parece que niño muerto significa cuidados al vivo, afanes por el vivo, amor y solicitud sin tasa hácia el que tan fácilmente puede desaparecer. La lágrima por el niño muerto, es angelical sembradura de donde brotan manantiales de amor para los hijos. Si el niño no se muriera con facilidad, tal vez la familia no hubiera llegado á ser la más sublime institucion del mundo.—Repetimos, pues, que aquella casa

Digitized by Google

era tan completa, porque habia en ella padre honrado, mujer amante, hija encantadora, niño travieso y vision doliente de criatura que faltó.

Habia, por último, casa de Don Gabriel una preocupacion perpétua hácia otros séres y otras latitudes.

Aquel concuñado que apareció y desapareció como sombra, ante las agitaciones del jóven capitan; aquella hermana Rosalía que nunca se separó de su hermana, ni una hora, ni un minuto, hasta que el destino las separó tal vez para siempre; aquel primo á quien nadie conocia, áun cuando su historia se hallaba consignada en el correo página por página; aquellos años pasados en que crece y se modifica el cuerpo, hasta el punto de convertir en otras las personas cuya efigie juvenil está fotografiada en la retina de nuestros ojos; ese acaso que ha compuesto de manera las cosas para que no vuelvan á hallarse juntos los séres queri-

Digitized by Google

dos que pudieron reunirse muchas veces por casualidad; ese fatalismo que, en el espacio de catorce ó diez y seis años de ausencia fortuita, pone en contacto mediato por la via de una terrible catástrofe, á dos familias amorosas, que se miran y no se ven, que se escuchan y no se oyen, que se sienten y no se palpan, todo esto confundido en monton nebuloso y analizado dia y noche en pequeñeces de detalle, constituia un fondo de precauciones perpétuas para la buena familia de Don Gabriel.

Durante diez y seis años habia sido el tema capital de la correspondencia de estas gentes, el tiempo y modo de acercarse siquiera una vez unos á otros para regar un dia, una hora, un minuto, con lágrimas de ternura, el árbol seco y descolorido de la ausencia. Muchas veces fué á tocarse el resultado con facilidad suma, y otras tantas un suceso imprevisto descompuso la trama urdida tan laboriosamente. Por fin, la des-

Digitized by Google

gracia del juez, que no una fortuna de tantas como las que á Dios eran deudores ambas familias, las habia colocado, como hemos dicho, á dos pasos del encuentro y la union. El ciego no habia podido ni querido venir á Madrid; su mujer no podia ni queria abandonarlo; el muchacho no tuvo ocasion propicia de hacer el viaje; y en cuanto á Don Gabriel, que era el ménos conocido de sus hermanos, Gabriela y Mariano que no lo eran nada, y la madre que lo era todo, no cabia duda de quién fuese el primero que debia estrechar las distancias.

Sin embargo, unas veces porque en el verano hace mucho calor, otras porque en el invierno hace mucho frio; ésta porque llueve, esotra porque los caminos están malos y los medios de locomocion eran fatales, ello es que á la hora de dar comienzo á nuestra historia no se habian visto aún ninguno de los miembros que han de figurar en ella; pero que teniendo establecido ya

Digitized by Google

que la próxima apertura de un camino de hierro acortaba todas las distancias y obviaba todos los inconvenientes, se habia tomado un acuerdo formal é irrevocable de que Doña María fuese la primera en tomar la direccion de casa de su hermana, para que ésta á su vez pudiera pagarle la visita á poco tiempo, viniendo á residir una larga temporada en el seno de sus hermanos y sus sobrinos.

Ahora se comprenderá la situacion de la casa de Don Gabriel, y el alcance de las palabras de Marianillo, cuando, repitiendo las de su padre y hermana, exclamó:

—Sí, mamá; es menester hacerlo.

Digitized by Google

III

Esta intromision del muchacho, por nadie rechazada, en un asunto que parecia grave, demuestra ambas á dos cosas: primera, que el chico era tan decidor y entrometido como suelen serlo los más agudos de su edad; y segunda, que el negocio de que se trataba, era el tema favorito y constante de la familia, cuyos secretos comenzamos á sorprender.

Efectivamente: el paquete de cartas de Rosalía, era el archivo histórico que con predileccion se consultaba en el seno de aquellas buenas gentes. Cada vez que un pre-

Digitized by Google

texto honroso legitimaba la accion, y muchas veces tambien sin pretexto ninguno, aparecia sobre la mesa un paquetito de cartas, atado con su cinta de seda, bajo cuyo lazo podian leerse el número de un año y la fecha de un mes. Recorriendo todas aquellas cartas, se aprendia la historia completa de cinco ó seis corazones.

Nosotros entresacaremos algunas de las más recientes, para el mayor esclarecimiento de este relato.

«Pinto, etc...

»Mis queridos María y Gabriel, Gabriela y Mariano: hermanos y sobrinos mios: ayer ha estado á reconocer á éste un nuevo facultativo de mucha fama en Torrejon de Velasco. Durante la consulta hizo dos ó tres mohines, que yo reparé, pero que afortunadamente el otro no pudo notar: ¡alguna fortuna habian de tener los ciegos! Dijo en alta voz que no creia perdido el asunto; pero

Digitized by Google

luégo me confesó á mí, callando, que estaba perdido sin remedio. ¡Por Dios, que no se lo digan á nadie, para que no llegue á noticia del infeliz! ¡Es tan bueno!

»Los dias que llueve y no puede salir, lo entretengo hablándole de tu venida, María; de tu venida, que tanto deseaba ántes, y que ahora le cuesta siempre lágrimas, aunque la desea mucho tambien.—«No la veré (me dice); pero mejor: con eso no podré notar si ha aviejado, y la creeré tan guapa y tan expresiva como lo era en el pueblo.»

»Perico está cada dia más alto y más robusto. Ahora come como dos hombres y diablea como siete muchachos. Su padre tiene la culpa de más de cuatro cosas, porque lo consiente demasiado: yo se lo digo, y él me contesta:—«¡Pero, mujer, si no tengo más que ese, ni más que eso!...»—En medio de todo, le sobra la razon.

»No me contestes á los particulares de esta carta, porque como se las leo todas,

Digitized by Google

sospecharia que os digo lo que él no debe saber.

»Recibid, María, Gabriel, Gabriela y Mariano, mil besos de mi parte y de la de todos, etc.»

Cuando se releia esta carta, exclamaba Don Gabriel invariablemente:

—Ese chico, ese chico... ¡qué disgustos va á dar á sus padres!...

—Pero papá (interrumpia Gabriela con la misma constancia), todos los muchachos son iguales. No parece sino que Mariano es un bendito.

—Mejor que tú (replicaba con viveza el aludido).

—¡Órden, órden! (tenian que decir los padres á la vez).

«Pinto, etc...

»Mis queridos hermanos y sobrinos de mi corazon: bien sabeis lo que son los pueblos.

Digitized by Google

Ayer nos preguntaban unas vecinas, á quienes hemos ofrecido la casa por compromiso:—«Pero ¿es verdad que tienen ustedes unos parientes en Madrid?»

»Esto lo dicen porque se extrañan de que ni nosotros vayamos ni vosotros vengais. Ellas están haciendo viajes siempre: verdad es que no cosen, ni cuidan de su casa, ni... qué sé yo. Si me lo vuelven á decir...

»Perico nos dió tambien un mal dia: se presentó en casa sin chaqueta; y no siento la chaqueta, que era nueva, sino el viento tan frio que soplaba á aquella hora, y pudo costarle caro. Pero, nada; tan saludable y tan bueno: comió como si tal cosa, y se echó á dormir. Hoy se ha puesto la negra.

»Habladme del viaje, y recibid, etc.»

Don Gabriel añadia, como apéndice de la carta:

—¡Pero, este muchacho, dos chaquetas en un mes!

 No,

Digitized by Google

—No, papá (replicaba la prima): si es la misma chaqueta de ántes. ¿No repara usted que mamá vuelve á leer la carta?

—Una ó dos, lo malo es que los chicos de esa edad pierdan la chaqueta. La habria jugado ó vendido. ¿Te parece eso disculpable?

—¡Pero, papá!...

La esposa cortaba la conversacion desdoblando otra carta.

«Pinto, etc...

»Mis queridos hermanos, sobrinos y familia: un ingeniero de la empresa ha estado esta mañana aquí, y nos dice que el camino se abre para Carnaval. Lo están haciendo á coste y costas: será cosa buena y muy segura. Entónces, hermana mia, ¡con qué frecuencia nos veremos! Yo les he dicho á las vecinas que tú te mareas en carruaje, y que como el ferro-carril va á abrirse pronto, guardaremos para entónces, no una, sino muchas entrevistas, ¿He hecho bien?

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Digitized by Google

»Créete que tendria mucho gusto en que lo estrenaras, si fuera posible: primero, por verte ántes y darle ese consuelo al pobre enfermo; y despues, porque vean aquí que nos apreciais, como yo digo y repito á todo el mundo.

»Ya sé lo de la chaqueta de Perico; me lo ha contado el señor cura. Parece que jugando ó riñendo le rompió un muchacho á otro la chaqueta, y este tal tiene un padre muy bárbaro, á quien llaman Herodes; por lo que temió el de la chaqueta rota que su padre le rompiera encima las costillas. Mi Perico, que tiene un padre muy bueno, Dios se lo conserve, se quitó la suya y se la dió, con lo cual el otro saltaba de gozo, y con la chaqueta rota hicieron tacos para cuando cacen.

»Dile á Gabriela que su primo me encarga muchas expresiones, y tambien para el pequeñin.

»Muchos besos á vosotros, etc.»

Digitized by Google

La muchacha dejó de coser, y miró á su padre con cierta malicia inocente. Don Gabriel añadió:

—Todas las madres son lo mismo. ¡Ojalá sea verdad la historia de la chaqueta!

La última carta que se leyó esta noche, decia así:

«Pinto, etc...

»Mis queridos y adorados todos: ayer han hecho un viaje completo los señores de la compañía. Está listo el camino desde Madrid hasta Aranjuez. Dicen que la Reina va á venir á inaugurarlo, y cuando exponen á la Reina es señal de que no hay peligro. Se espera un convoy de botellas de vino de Francia, y jamones y pavos, porque dicen que estos caminos se abren comiendo. Aquí se prepara funcion de iglesia, baile en la plaza y árbol de pólvora. Lo que no se sabe de cierto es el dia. Vosotros lo sabreis primero probablemente.

Digitized by Google

»Perico ya se ha montado en la máquina, y dice que si él no estuviera gordo, se tenderia en el suelo, como otros chicos lo hacen, y dejaria que pasara el tren por encima. Yo me asusto de oirlo.

»Prepárate, pues, María, que nosotros estamos preparados: verás la parroquia, el castillo, la ermita, el paseo y las alhajas de la Vírgen. Te dispondré una comida como aquellas que hacia madre cuando queria obsequiar al padre de Gabriel. ¿Te gustan todavía las albóndigas de gallina y jamon?

»Perico está juntando dinero para comprar un reloj, pues desde que haya trenes necesita saber á qué hora entran y á qué hora salen.

»Lo que te encargo que traigas cuando vengas, es especia fina, que aquí en el pueblo echan cáscaras de todas cosas, y no se puede comer nada en sazon.

»Muchos besos, muchos besos, muchos besos... etc.»

Digitized by Google

La madre ató de nuevo el paquete conmovida; reflexionó un instante, y sacudiendo la cabeza con conviccion profunda, exclamó á su vez, como la muchacha y como el niño:

—Sí, Gabriel; es menester hacerlo.

Digitized by Google

IV

Repítese comunmente por muchos hombres que el alma de la mujer es un abismo insondable, y que el que por curiosidad se arroja en su sima, queda ahogado ántes de conocerlo.

Para estos hombres, las mujeres se dividen en claras y oscuras. Son claras aquellas que se entienden fácilmente con ellos, que adoptan sus gustos, que alternan en sus conversaciones, que acceden á sus caprichos; en una palabra, aquellas que se visten con traje talar, porque áun no se ha inventado que se pongan levita. Son oscuras,

Digitized by Google

por el contrario, todas las que extrañan el modo de proceder de ciertos hombres, todas las que se reservan un sistema de accion diferente del de ellos, todas las que se esconden en lo íntimo de su hogar, para mejor esconderse en lo íntimo de su conciencia; todas, en fin, las que aspiran al predominio de su sexo, por juzgarlo, y no sin razon, el más digno, útil y provechoso de la humanidad.

Más cordura habria en que los hombres dividieran á las mujeres en masculinas y femeninas, como nosotros lo hacemos; con cuya division quedaban deslindados los campos, y el abismo se hacia sondable. A las mujeres masculinas se las estudiaba como á hombres sin bigote, y á las femeninas como á muchachas con pantalon: las primeras podian hacer al hombre extremadamente feliz un año, dos, cuatro, quizá más; las segundas podian hacerlo blandamente dichoso desde su juventud hasta su vejez. Las

 mu-

Digitized by Google

mujeres, mujeres, son las mujeres de las mujeres.

Doña María era una mujer femenina. Crióla su madre á sus faldas, segun la sencilla expresion del pueblo, y á las faldas de su madre creció, cosida y sujeta por los dulces lazos de la armonía doméstica y del amor filial. Hija de viuda, desde que tuvo uso de razon, la madre hacia de padre de la familia, y María de madre de su hermana. Conoció, pues, muy pronto los deberes y los derechos que engendra en el hogar la sucesion fortuita de las dignidades. Su madre la decia con frecuencia:

—Desde que murió tu padre (que gloria goce), yo tengo que ser el hombre de la casa: sé tú la madre de la niña menor y la mujer de los criados.

María era, efectivamente, una mujercita muy apreciada de su madre, y una madrecita un si es no es respetada de su hermana. Los criados y dependientes de la labor, veian

Digitized by Google

en ella algo más que la hija del amo; los amigos de la casa la trataban con cierta deferencia; cerníase al rededor de la jóven un ambiente de autoridad, impropio á sus años, con el que, si bien veia algunas veces contrariados sus gustos infantiles, percibia en otras satisfechos los instintos naturales de una vanidad legítima.

Ocupada en quehaceres domésticos, que se extendian hasta un poco de administracion, íbanse desarrollando en ella hábitos de órden y máximas, propias suyas, de sociabilidad. No eran muy de su gusto aquellas muchachas que hacian gala de desconocer los mecanismos de la vida, ni simpatizaba tampoco gran cosa con los jóvenes que sólo sabian ocuparse de futilidades insulsas ó de atrevimientos imprudentes. Tenia, por lo tanto, bastantes conocidos, pero pocos amigos. Los mozos y las mozas de su edad solian llamarla la taciturna, á ella, que era alegre; ó la sábia, á ella, que era casi igno-

 ran-

Digitized by Google

rante; ó la formal, á ella, que era punto ménos que loca, si á seguir hubiera ido los retozos de su sangre del Mediodía. Lo único que no la llamaban las gentes era «la ocupada.»

El trato íntimo con el anciano militar, padre de Gabriel, estaba léjos de servir á María como pasto de su alma ó entretenimiento exclusivo de su imaginacion. Lo aceptaba y proseguia con esmero constante, porque los viejos de índole franca y recto proceder, hacen excelentes migas con los muchachos. Ellos les refieren historias, les participan noticias, les consultan casos agudos, les ascienden hasta la altura de su experiencia respetable, descienden ante ellos hasta el límite de una comun infancia; son jefes y subordinados, consejeros y discípulos; animan el abatimiento y moderan la excesiva animacion; en suma, hacen de la longevidad un cuerpo elástico, que lo mismo se achica hasta la pequeñez, que se alarga

 has-

Digitized by Google

hasta la grandeza. Un viejo honesto y una jóven sencilla pueden ser, y son ciertamente, amigos más íntimos que dos muchachos ó dos muchachas.

Lo único que la jóven echa de ménos en el trato del anciano, es la frescura de ciertas ideas, la ilusion de ciertos fantasmas, el interés de ciertos episodios que el alma de la niña prevé en sueños nublados, sin darse cuenta de la forma, ni del color, ni áun de la propia existencia de lo que echa de ménos. Pero el viejo militar, amigo de María, llenaba este vacío con creces, gracias á la preocupacion constante de su espíritu. Las historias, las noticias, las anécdotas, toda la conversacion, puede decirse, del veterano, se referian por lo comun á otra alma más fresca que la suya, á otro fantasma más ligero y ménos imponente que el de su existencia marchita, á otro punto más juvenil y seductor que el objetivo de una vida gastada: el teniente coronel no hablaba más

 que

Digitized by Google

que de su hijo. De su hijo que era su ascendencia, de su hijo que era su posteridad, su espejo, su báculo, su sombra, su familia, su entretenimiento, todo.

En muchas casas del pueblo hubiera podido el hombre pasar las horas muertas como en casa de María; pero aquellos señores imprudentes, y algunos de ellos groseros, hablaban con frecuencia de otras cosas que no tenian nada de comun con Gabriel; al paso que en la de María siempre estaba la mesa puesta para ocuparse del muchacho, para alabar su honradez, para admirar su valor, para encarecer su buen juicio, para argüir de casquivanos é inútiles á todos los que no se le parecian. Uníanse, pues, los atractivos morales del viejo presente, con los encantos materiales de un jóven ausente; y por arte mágico, de que María no se daba razon, ni le cansaban las batallas, ni le parecian importunos los episodios, ni le era insulsa la mar, ni los barcos naufraga-

Digitized by Google

ban cuando un hombre valiente los dirigia, ni era la partida doble un estudio monótono, ni la conjugacion de los verbos ingleses tenia nada de difícil, y, por último, todos los muchachos ¿quién lo duda? estaban en el deber de servir de amanuenses á los viejos cortos de vista, para activar la correspondencia con sus hijos militares.

Así se casó María.—Su marido fué el hombre á quien ménos vió con los ojos, pero á quien más habia tratado con el alma. Las cartas del viejo eran el vehículo inocente de un amor que ella sin saberlo le enviaba con entusiasmo, y que él sin advertirlo le devolvia con convencimiento. Nunca jugó la farsa en estas relaciones inexistentes: ni las cartas fueron muchas, ni en ellas se hizo jamás alusion directa á otra cosa que al amor y al respeto de hijo y de padre. Con todo, lo repetimos: así se casó María.

Pasan años en una existencia que el historiador no puede describir sino con la pa-

Digitized by Google

labra «dichosa,» y la jóven se ha hecho casi vieja, la hija se ha vuelto madre, la mujer enamorada se ha convertido en compañera fiel y dulcísima del hombre que ni un momento ha dejado de amarla ni de distinguirla. El fuego con que se fundieron los metales de aquel anillo nupcial, sirve ahora para hacer de Gabriela y de Mariano una mujer y un hombre, dignos de un hombre y de una mujer como sus padres. Todo allí es solicitud y amor.

Doña María, que á costa de algunas canas y cierta marchitez de su belleza juvenil, ha conquistado este pronombre, vive entregada alma y cuerpo á su casa y á los suyos. En el centro de la corte y desde su piso segundo, á donde llegan de contínuo los ecos de la existencia bulliciosa de una gran capital, no ha alterado visiblemente ni los instintos ni las costumbres de la aldea. El enorme granero de ántes, es ahora una estrecha despensa; el salon donde solia alber-

Digitized by Google

garse todo el pueblo, es un reducido gabinete; la campana del hogar, bajo cuyos ennegrecidos vuelos se congregaba la familia en las horas de la velada, es hoy la camilla circular bajo cuyo tapiz ribeteado se esconden unas áscuas de lumbre: ensanchad el piso segundo, suprimid las escaleras, y Doña María vive en su pueblo.

Ajena á la profundidad de los sucesos que ocurren á su alrededor, áun cuando no ignorante de las cosas del mundo, tiembla por su hija más de lo que su madre tembló por ella, y tiembla por su pequeño Mariano más de lo que temblaba el viejo militar por su hijo Gabriel. Tambien ella los ha cosido á su falda, pero conoce que las faldas de hoy son un poco más endebles y ocasionadas á desgarrarse que las de su tiempo.

Constante en su vida de ocupacion, que ocupacion para toda una vida hay siempre en la casa del hombre modesto, entretiene las horas sin un instante de descanso. Se le-

Digitized by Google

vanta por la mañana al rayar el dia, y aprovecha en arreglos personales la hora de mayor sueño que concede á su hija; y con ésta ya en pié, otra media que con ternura disculpable otorga al pequeñuelo. El ruido de la casa ha puesto en ejercicio al padre, quien conserva de la vida militar un poco de reuma en la pierna herida y la costumbre de levantarse temprano con buen humor. Las lecciones del hijo, el aseo del hijo, la disposicion del hijo para la escuela, y lo que se llama el arreglo de Gabriel para la oficina, constituyen la ocupacion hasta las diez de la mañana. Solas ya Gabriela y su madre, se procede al levantamiento de trastos y compostura definitiva de la casa. Almuerzan madre é hija, se visten ambas con mayor pulcritud que hasta estas horas de faena, y las aguarda la costura en combinacion con órdenes para la comida, recibimiento de recados y demás oficios domésticos.

Digitized by Google

A las tres en punto se come casa de Don Gabriel, que su oficina particular está montada á la antigua; pero no porque se cena, pues el maldito vicio de la alteracion de las buenas costumbres ha penetrado allí, y á las nueve de la noche se toma chocolate. Son ordinariamente las cuatro y media cuando Don Gabriel sale á dar su paseo, y desde entónces hasta que Marianillo vuelve del colegio, la madre abandona á la hija para que ésta en su cuarto huelgue ó lea ó se distraiga con sus chucherías, mientras ella dispone la campaña del dia siguiente con los criados. El fósforo con que se enciende el velon, es el faro que guia al puerto las naves extraviadas en la cocina ó los pasillos; y una órden de Doña María cierra la barra del comedor, donde se echan las áncoras, y el equipaje se apresta á pasar la noche. Vuelve Don Gabriel á las ocho y media próximamente con algun amigo ó deudo de los que de antiguo visitan la casa, y toman

Digitized by Google

chocolate de tertulia. Las mujeres cosen, Don Gabriel lee, el muchacho hace como que estudia, y á las diez de la noche el chico, á las once en punto los demás, disuelven la sesion y se acuestan.

Hé aquí la vida ordinaria de la semana. Pero ¡el domingo!

El domingo no hay oficina, ni se estudia, ni se cose, ni se guarda silencio, ni es cosa enteramente mala cometer algun desaguisado.—¡Pobres chicos (dice la madre); no tienen más que ese dia!

¡Qué lavatorios el domingo, qué trajes, qué observaciones meteorológicas desde el balcon, qué saltos, qué brincos, qué fiesta! Este es el único dia que rabia Don Gabriel.

Para las once ya se ha almorzado bien y con algun manjar más apetitoso que de ordinario: regularmente lo pide el chico; pero para mayor órden se ha acordado que un dia lo elija él y otro la muchacha. A Doña María le gustan las elecciones de ambos.

Digitized by Google

Caravana en seguida á las Descalzas reales. Allí se espera la misa de doce con su libro cada cual, la niña que lo lee y el niño que le dobla las hojas, mientras la madre se escapa un momento de la iglesia. ¿A dónde irá?—Va á la Caja de Ahorros del lado, á depositar una suma de dinero en nombre de sus hijos: para Mariano lleva la idea de que ésta lo libre de quintas primeramente; para Gabriela no sabemos con qué intencion se la consigna. ¿Será acaso para comprarle los regalillos cuando se ocurra? ¡Imposible! Ninguna madre piensa en esto. El Director de semana se sonrie al ver entrar á Doña María, y murmura á su oido:—«¡Pero, señora, esos muchachos van á ser poderosos!»

Doña María está de vuelta en las Descalzas cuando el sacerdote sale al altar. ¡Qué misa tan tranquila para ella! ¡qué larga para Marianillo!

—Señores, con órden y á paseo.

Digitized by Google

Tal es la consigna de estos esposos, tal es la felicidad febril de estos niños, tal es la ventura sencilla de la honradez.

Vuélvese á casa con un cansancio extremo. ¡Qué larga está la Fuente Castellana! ¡Qué léjos está el Retiro! ¡Por poco tenemos que tomar un coche para volver!

Y, sobre todo, ¡qué azul es el cielo de Madrid, qué calma tan placentera proporciona el nublado, qué gusto da de que las calles estén secas, qué humedades tan oportunas suele haber para que no se levante polvo, qué dulces son las naranjas, qué bien tuestan ahora las castañas, cómo pasó el regimiento por nuestro lado cuando el tambor mayor tiró la porra! —¡Oh! la felicidad del domingo está sólo reservada á ciertas gentes!

¡Cada Pascua, cada Carnaval, cada San Gabriel se va al teatro; cada Dulce Nombre de María se da banquete y se encargan quesitos á Pombo! —¿Ha probado usted los quesos de Pombo?

Digitized by Google

En trajes hay casa de Don Gabriel verdadera prodigalidad. Los niños tienen siempre uno nuevo: los padres uno casi nuevo; y no hay moda ni alteracion notable que se generalice, que más tarde ó más temprano no la disfruten aquellas criaturas. Eso sí; el órden reserva mucho el equipaje: los dias lluviosos no se puede pasear, cuando hay álguien enfermo tampoco, cuando los niños no han sido obedientes ménos; pero áun quedan muchos domingos: Gabriela dice que hay cincuenta y uno; Mariano asegura que cincuenta y dos.

En tanto Doña María, que no sabe si es bella como lo fué en su juventud, pero que se alegra mucho de haberlo sido porque su hija lo sea, advierte tambien los domingos la felicidad de sus muchachos, el placer interno de su esposo que los pasea, y el éxito creciente de su hija ante las miradas de los mozalvetes mal criados; todo lo cual la satisface, la envanece y la recrea, áun á costa

Digitized by Google

esto último de cometer una puntita del pecado del escándalo. — Y verdaderamente: ¿ha educado ella, por ventura, á esos mancebos? Es una imprudencia que digan cosas; pero la chica, eso así, las merece, y no es ilusion de madre.

Don Gabriel prepara el domingo para el chocolate alguna sorpresa de pastelería. El chocolate siempre con pan, cansa. Banquete, pues, con la parentela; un poquito de música y baile, y á las once y media ó las doce quizá, que estos relojes de ahora suelen atrasarse, despedida general y á la cama. —Mariano se durmió en el sofá con un pastel en la mano. ¡Estos chicos!

Doña María es la mujer más feliz del mundo. Siempre le están pasando cosas, y nunca le ha pasado nada. Hemos mentido. Se la murió un niño pequeño hace trece años, y todavía llora por él; ¡bien es verdad que Dios les ha dado tanta salud á los otros! Su Gabriel no se ha arrepentido jamás de haberse

Digitized by Google

casado con ella; sus hijos la obedecen y la miman, sus hermanos la adoran, los bienes no faltan, sus amistades le son consecuentes, su casa es bonita y cómoda, sus criados, por fortuna inconcebible, forman parte de la familia y quieren morir en ella. ¿Quién piensa, pues, en nada del mundo?

Ella no sabe cómo se llaman los cantantes, ni quién gobierna en Madrid, ni cuál es la dama de más tono, ni el jóven que más estúpidamente se arruina; y si lo oye ó si lo sabe, ¿qué le importa? Vino á Madrid con ilusion de ver el Escorial, y no ha estado, porque no ha querido. Ya irá cuando se gradúe Mariano, ó cuando se case Gabriela, ó comprará una lámina, ó no es preciso ver el Escorial. ¿Hay en Madrid tantos que lo hayan visto?

Actividad, pues, en medio de la inaccion; variedad en la monotonía, laboriosidad en el descanso, acometividad en la mansedumbre, insaciabilidad en la esplendidez, todos

Digitized by Google

los elementos, en una palabra, de la existencia pública más ostentosa, reducidos á la incomunicacion privada del hogar más oculto; tales eran las dotes de aquella mujer á la vista del observador profundo y desimpresionado. Podia llamársela grande ó pequeña, segun el lugar donde se la contemplara: lo que no podia llamársela era indiferente. Pasábanle, repetimos, todas las cosas, y en realidad no le sucedia ninguna. Hubiera podido vivir para un pueblo, para una ciudad, para un mundo, y vivia únicamente para un hombre, para dos muchachos, para un piso estrecho de una casa vulgar. Unos cuantos piés cúbicos de aire, tres ó cuatro acentos ya conocidos, tres ó cuatro ideas emanadas de ella y repercutidas hácia ella misma, bastábanle para respirar la más pura de las atmósferas, para recrearse con la más dulce de las melodías, para tenerse por objeto de las atenciones del universo todo. Nada deseaba que no fuera

Digitized by Google

la permanencia, nada apetecia que no fuera la inmovilidad: hubiera temido acrecer en fortuna por miedo á decrecer en dicha; y si un heráldico le hubiese pedido un mote para su escudo de nobleza, habria indicado estas palabras: —*Statu quo.*

Esta era Doña María; esta era la notable mujer á quien exigencias naturales de familia é impulsos sagrados de amor, obligaban á abandonar su esposo, sus hijos y su casa, para hacer un viaje en camino de hierro desde Madrid, nada ménos que á Pinto.

Digitized by Google

V

La noche en que Don Gabriel intimó á su esposa solapadamente la órden de disponerse para su viaje, Doña María no pudo pegar los ojos. Si suele ser terrible una tormenta en el mar, confesemos que no son á veces ménos horrorosas las tempestades de un vaso de agua.

Doña María, que, áun cuando ajena al arte científico de discurrir, discurria naturalmente con lógica suma y dialéctica inflexible, quiso, apenas se hubo dormido su esposo, establecer con método los términos

Digitized by Google

de su situacion, y escogitar la mejor forma de todas sus futuras decisiones.

El primer problema que se ofreció á los ojos de su entendimiento, fué el siguiente:—¿Debo yo, en efecto, hacer este viaje?—Y la respuesta surgió tan rápida como la pregunta. El viaje no puede discutirse: su necesidad está reconocida y aceptada. Lo único que cabe acerca de él, es remordimiento de no haberlo emprendido diez veces ántes, para abrazar á aquella hermana querida, que se encontraba á tan corta distancia de Madrid. No habia, pues, que pensar en ello.

Pero, ¿no hay igual distancia entre Pinto y Madrid, que entre Madrid y Pinto? ¿Por qué no vienen los otros?—Este segundo problema infundia asimismo remordimientos anticipados. Ella no queria hacer el viaje; pero encontraba muy natural que lo hiciese su hermana. Ella debia convidar á sus hermanos y sobrino á que pasasen una tem-

Digitized by Google

porada en Madrid, para lo cual se le ocurria al torpe entendimiento el ridículo expediente de que los convidados vinieran á convidarse. Además, todo lo que se habia escrito sobre el asunto era menester borrarlo, y convenir de nuevo en razones diferentes que justificasen aquella tontería. Tampoco, pues, habia que hablar de este absurdo.

Lo que á primera vista se presentaba más lógico, era esperar un domingo de buen tiempo, y trasladarse toda la familia á ese diablo de lugar que apenas estaba en el mapa, y sin embargo, iba á producir una separacion cruel, que Doña María repugnaba desde el fondo de su corazon. Pero aquí no eran ya remordimientos, sino sospechas de criminalidad, las que asaltaban el ánimo de aquella excelente y delicada criatura. Pues qué, ¿no hay algo de crímen en exponer á toda una familia á los azares y vicisitudes de un viaje en ferro-carril, sólo

Digitized by Google

por el egoismo de no experimentar la breve amargura de separarse de ella un dia, ménos aún, doce ó trece horas, que casi se pasan sin sentirlo? Esos descarrilamientos, esos choques, esos incendios súbitos, que no pueden preverse ni evitarse, ¿no podian ocurrir en aquel trayecto corto ó largo, y envolver á las prendas queridas de su alma, sin pretexto plausible y sin necesidad absoluta? Claro que sí, y claro además que habia en el fondo de la idea un principio de cobardía; pues sólo á los cobardes se les ocurre rodearse de mucha gente para afrontar un peligro propio.

Y Doña María no era cobarde, ni poco ni mucho. Cierto que ella no se acostaba nunca sin haber echado todos los cerrojos y escondido todas las llaves de la casa; cierto que la sospecha de un raton crispaba sus nervios y conturbaba su espíritu hasta la alferecía; pero una vez que su hijo Mariano estuvo acometido de la viruela, y el médico

 lle-

Digitized by Google

llegó á temer porque el sudor no se presentaba á tiempo, la valerosa madre se desnudó y abrazó á su hijo ocho horas seguidas, hasta que con el calor de su cuerpo logró producir la traspiracion que anhelaba su alma. Otra vez los dos chicos atravesaban de la mano la fuente de Cibeles, y un carruaje se les vino encima: la mujer, con la presteza del rayo, se interpuso entre las yeguas y sus hijos, conteniendo con un rugido de leona la fogosidad de los animales, no sin recibir un golpe de la lanza del coche sobre la sien izquierda, mientras que con el brazo derecho levantaba en volandas á Mariano y á Gabriela. Los circunstantes aplaudieron tanto arrojo y habilidad; y un pillete, que con otros jugaba á las chapas en aquel punto, gritó, señalándola con el dedo:—«Esa es una amazona de los títeres.»

Doña María no era cobarde, repetimos, por lo cual se avergonzó prontamente de haber buscado complicidades para un riesgo

Digitized by Google

que sólo le tocaba á ella.—Ella era la única que conocia á su hermana, la única que era hermana, la única á quien Dios y su madre habian impuesto el deber de servir de madre y de providencia á su hermana. Si algun peligro se corria, ella debia correrlo sola; si alguna amargura se experimentaba, á ella le correspondia completamente. Las acciones justas que producen placer en vez de dolor, no son caridades, sino entretenimientos. El deber tiene espinas; pero las espinas del deber son las flores del triunfo.

Despues de todo, ¿qué meticulosidad es esta para un viaje de pocas horas y ménos kilómetros? ¿No es soberanamente ridículo desvelarse y mortificar el alma con los propósitos de una accion que cualquiera ejecuta cada mañana y cada tarde, sin concederle ni áun los honores del relato? ¿No es ofender á la Providencia el darle proporciones á lo que ella no ha querido otorgárselas?

—Mañana por la mañana (se decia la po-

Digitized by Google

bre mujer callandito) me levanto y le digo á Gabriel:—«Estoy lista; dispon el viaje para cuando quieras. Él lo dispone inmediatamente, cierro los ojos, y me voy: llego allá sin contratiempo ninguno, con la ayuda de Dios; abrazo á mi hermana, consuelo á mi cuñado, llevo una chuchería para mi sobrino; cómo con ellos en santa paz, y durante la comida acordamos el tiempo y forma de su viaje; vuelvo á la estacion, regreso á Madrid tan ligera y tan cómoda como marché; mis hijos y mi esposo me esperan á la noche sin tomar chocolate para que lo tomemos juntos, y nada ha pasado aquí, todo es dicha y contento; quizá esta prueba momentánea de abandono, me haga apreciar más y más los tesoros imponderables que poseo.»

Y Doña María, reanimada con esta consoladora espectativa, parece que sonrió por el borde de la sábana, que principiaba á retorcerse como una cuerda sobre su cuello.

Digitized by Google

Se dispuso á rezar unas oraciones que habia olvidado, y á dormir como cualquiera noche, confundiéndose en ese profundo y reparador letargo que se apodera de las almas tranquilas durante las horas del reposo. Calló de pensar para percibir la respiracion de su marido, y hallándola uniforme y reposada como la del justo, se dijo en resolucion final:—«Un dia se pasa pronto.»—Y comenzó á quererse dormir.

Pero el sueño es un déspota de los más salvajes: rinde á su adversario cuando quiere, y no acude nunca en su socorro cuando se le solicita. La mujer, que habia entrado en calma, segun todas sus sospechas, no habia entrado en sueño, segun todos sus temores. Bien es verdad que su cuerpo estaba un poco frio y su cabeza se hallaba un poco caliente.

—«¡Un dia! ¿qué es un dia? (pensaba). Un dia es salir el sol y ponerse; almorzar, comer y tomar chocolate; ir á la oficina y

Digitized by Google

volver; terminar una tira de colcha que se ha comenzado la noche anterior; estarse en la escuela un poco tranquilos y venir á merendar con alborcto: un dia es la trescienta sesenta y cinco parte de un año, y un año se pasa en un soplo. ¡Se han pasado tantos desde que no veo á mi Rosalía!»

Esto pensaba la mujer insomne. Pero tambien venian á ocurrírsela raciocinios y casi sentencias como estas otras:—Un dia es un pedazo de la eternidad. Un dia es indispensable para la sucesion completa del antecedente y del subsiguiente. Si se suprimiera un dia entero para nosotros, no seríamos al inmediato la misma persona que éramos el anterior. Entre el hombre que muere y el niño que nace, no media más que un dia moral; si no mediase ese dia, el niño que nace podia ser el mismo hombre que se murió. Todos morimos porque nos falta un dia. Esos infieles que creen en la trasmigracion de las almas, hacen de su existencia de

Digitized by Google

perro ó de marrano, ese dia que le falta á la cadena. Un dia es tan grande, tan inmenso como la vida toda. Un dia, pues, no es nada despreciable, como piensan las gentes que no piensan.

Además, el que ha leido algo, ú oido leer algo en el mundo, sabe que no ha habido batalla sangrienta y decisiva que se prolongue mucho más de un dia. A Josué, y esto lo dice la Doctrina cristiana, sólo le faltaron algunas horas de sol para acabar la suya. En un dia caen los imperios, en sólo un dia. Las muertes repentinas no acaecen ayer, ni mañana, sino hoy, en un dia inesperado. Casarse, nacer, hacerse cristiano, morir, arruinarse, perder la honra, todo lo trascendental, todo lo definitivo, es obra de un dia. En muchos dias suceden las cosas que tienen remedio; pero sólo en un dia se verifican las irremediables. Despreciar un dia es despreciarlo todo.

Por otra parte: ¿no están llenas las his-

Digitized by Google

torias de acontecimientos que se verificaron el dia que ménos se pensaba?—Hay en el dia fatal una malicia diabólica, una perversion traicionera que le induce á esconderse tras de la esquina de nuestra calle, para acechar el momento de sorprendernos maniatados é inermes. ¿Por qué salió de su casa sin necesidad el infeliz á quien aplasta la casa del vecino que se derrumba? ¿Por qué pasaba por la puerta de la taberna el desdichado á quien atraviesa el tiro que se le escapa al borracho? ¿Por qué lleva el hombre de bien su dinero á la caja del comerciante desleal el dia desconocido en que se declara la quiebra?

—« No hay que temer (pensaba de nuevo Doña María) en los dias iguales y monótonos de la existencia; en esos no sucede nada. Los temibles son los dias desconocidos; ese dia fatal que nos acecha; ese dia en que vamos á visitar al amigo y es el único en que no está en su casa; ese dia en

Digitized by Google

que vamos á pedir algo prestado para una urgencia y es el único en que no está disponible el objeto; ese dia en que debemos despedir al que está preparando muchos meses su viaje y es precisamente el en que se ha ido por la mañana; ese dia en que buscamos la tela ordinaria con que se va á componer nuestro vestido y es el dia en que se vendió el último pedazo; ese día cruel, implacable, desvergonzado, que no tiene con nosotros consideracion ninguna, y parece que se complace en mostrarnos su absurdo rencor con las carcajadas histéricas de un fantasma infernal: ese es el dia temible y espantoso. »

Doña María recordaba á este fin todas las frases que habia escuchado constantemente en el interior de su vida doméstica.—« No hice más que salir una hora á la calle y se me quemó el niño.—No falté más que un dia de mi casa y me robaron.—No me descuidé más que un dia y se me pegó fuego.

 —No

Digitized by Google

—No he ido más que un dia al campo y se me volcó la tartana.—No he hecho más que un viaje y por poco lo cuento.—No me he subido más que un dia en una altura y me caí.—No he navegado más que un dia y naufragué.»—¿A qué continuar?—Hay un dia pícaro, infame, maldito, especie de piedra de punta que sale dos dedos del empedrado de la calle, y nos aguarda oculto en la superficie, al parecer llana de la calzada, para que tropecemos en él y caigamos de bruces sin defensa y sin remedio ninguno. ¿Cuál es ese dia? Esta es la cuestion.

Pero no, no hay cuestion posible. Ese dia es el dia, el único dia en que hacemos ó nos proponemos hacer aquella cosa más natural y ordinaria del mundo: ese dia incierto, desconocido, inesperado, es el dia cierto, conocido y esperado por la fatalidad de la obligacion ó del deber. Al hombre le ha pillado la casa porque tenia que salir,

Digitized by Google

al otro le ha sorprendido el tiro porque tenia que pasar, á aquella señora se le volcó la tartana porque tenia que hacer un viaje. Se cuenta de un señor que le tenia miedo á todo, y un dia, su dia, aquel dia fatal, tropezó en la alfombra de su casa y se estrelló una sien contra la esquina de una mesa de piedra.

—«Yo haré el viaje (murmuraba Doña María en un estado ya casi febril); haré el viaje, y por lo mismo que nunca me he separado de mi casa ni de los mios, ni un dia siquiera, ese dia se descuidarán los criados, y echando al suelo un fósforo encendido me pegarán fuego; ó al llevar al niño á la escuela la muchacha, se parará con un novio y me lo atropellará un carruaje; ó no echarán el cerrojo como tengo mandado y sorprenderán á la niña; ó mi pobre marido con sus años, con sus achaques, con su herida de la pierna, sentirá en la oficina un dolor, un síncope, qué sé yo qué, y me

Digitized by Google

lo traerán á casa en camilla, y no encontrará á su mujer que lo consuele, que lo cure ó que le ayude á morir si es que se muere. Porque los hombres que tienen así enfermedades ocultas y al parecer poco molestas, se mueren algunas veces de repente sin saber cómo. El marido de Joaquina murió de esta manera, mientras ella, la infeliz, estaba en el teatro divirtiéndose. El padre de Gabriel murió tambien así, el dia que ménos lo pensaba, y tambien era militar, y estuvo herido, y se creia fuerte. Y además: supongamos que no sucede nada de esto (añadia la pobre mujer en medio de una agitacion evidentemente convulsiva y febril); ¿quién me quita á mí que yo me imagine que sucede? ¿Quién me garantizará que no suceda mientras yo, loca y vanidosa, por ir á convidar á una hermana, esté dándome tono en el pueblo, comiendo rosquillas de Fuen-Labrada, ó alguna cosa buena, y tal vez brindando con agua y

Digitized by Google

vino de Cariñena por la salud de los que estén sufriendo, llorando, muriendo de desesperacion en la soledad y abandono de su mujer y de su madre?»

«Nó (añadia con resolucion heróica); no iré, no me separaré de los mios: que vengan ellos; ellos que han de venir todos juntos y no se dejan á nadie; ella, mi hermana Rosalía, que es más jóven y le toca; que la acompañe su hijo que es un hombre; y sobre todo, que viniendo ellos estamos aquí todos juntos, mientras que yendo yo nos quedamos la mitad separados. Además, ellos están acostumbrados á viajar: fueron desde el pueblo á Almería, desde Almería á las Baleares, desde las Baleares á Murcia, desde Murcia á Albacete, desde Albacete á Pinto, casi una vuelta al mundo; al paso que yo, pobre de mí, no he estado en parte alguna, ni sé viajar, y ya soy vieja, y tengo dos hijos, á más de aquel pobrecito de mi alma que se me murió; y juré á

Digitized by Google

mi esposo ante Dios y ante el señor cura no separarme de él, seguirle en la buena y en la mala suerte, vivir con él, padecer con él, y morir con él de dolor y de lágrimas, si tengo la desgracia de que me preceda. Nó, no iré allá. Ahora mismo voy á despertarlo y á decírselo: es menester tener valor en las situaciones difíciles. Prefiero que se rian de mí por cobarde, á que lloren conmigo por imprudente. »

Don Gabriel en este momento comenzó á agitarse como quien lucha por despertar. Quizá la agitacion de su esposa habia pasado de moral á física, y producido esa conmocion que precede al desvelo. Doña María permaneció inmóvil, acechando el instante de hacer natural y poco violenta su palabra; pero su marido tosió un poco, respiró con energía dos ó tres veces y, volviéndose del lado contrario al en que se hallaba, quedó de nuevo profundamente amodorrado. Dormia como los hombres fe-

Digitized by Google

lices. Ella vaciló nuevamente sobre el partido que habria de tomar, y se contuvo ante la severa y tranquila actitud del hombre á quien adoraba. El ensueño de la pobre se habia hecho morboso: medio cuerpo helado y un sudor frio que bañaba su cuello y rostro, materialmente presos en el collar que habian formado las ropas, le producian una respiracion anhelante, un mal estar parecido al que ocasionara una losa de plomo sobre la cabeza, y un embate en el ánimo que tan pronto simulaba el discurrir de una persona que vela, como el desvariar de una terrible pesadilla. Con los ojos extremadamente abiertos y la cabeza levemente levantada, al modo de criminal que acecha con terror á su víctima, acechó la mujer un momento á su marido, y temerosa de incomodarlo, volvió á dejarse caer en el húmedo almohadon que testificaba su insomnio. Despues pareció que se dormia.

Habíase dormido en efecto; pero como se

Digitized by Google

duermen los que no han podido dormir en las primeras horas de la noche por una agitacion fundada; pasando del desvariar del desvelo al discurrir de la pesadilla. Se imaginó entónces en la iglesia un domingo temprano por la mañana. Habia escogido la hora de los misterios, el crepúsculo, para arrojarse á los piés de un confesor adusto á quien no conocia. Allí, con verdadero dolor de corazon, refirió al padre su estado, su deber y sus vacilaciones: nada le ocultó, como contrita pecadora; pero nada le dejó entrever de sus propósitos de enmienda. El padre, abandonando su asiento para ponerse de pié, y pronunciando en alta voz sus palabras, contra lo que parecia natural y propio, comenzó á reprenderla en actitud de fuego del cielo que cayera sobre la cabeza inclinada de un pecador contumaz:

—«Sí (la decia en tono despreciativo, aunque solemne): haces bien en renunciar al cumplimiento de esa obligacion que

Digitized by Google

contrajiste. No vayas tú, para no correr los riesgos de un viaje y para excusarte algun sinsabor de los que no tienes por costumbre sufrir en tu vida regalada y placentera. Que vengan tu hermana, y tu cuñado, y tu sobrino; tu hermana que es menor y carece de mundo, tu cuñado que está ciego y triste, tu sobrino que es revoltoso y loco; si ellos se molestan y peligran y perecen, para eso son más pobres que tú, y los pobres son los que tienen el deber de buscar á los ricos; si ellos se ven humillados en el pueblo por el desden con que los trata su hermana mayor, aquella á quien su madre la nombró tutora, en cambio tendrán la dicha de ocupar por unas cuantas semanas una casa cómoda y una mesa abundante, y de ver los paseos y teatros de la corte; si el ciego se resiste á venir á oscuras y tropezando á aquel Madrid de su juventud donde cada calle le recuerda una dicha y cada recuerdo le clava un puñal

 agu-

Digitized by Google

agudo en su corazon, se le obliga á venir por fuerza, que para eso está ciego y pobre y enfermo y casi anciano: no vayas, mujer, no vayas: estás en tu derecho; pero no vengas tampoco aquí á recibir una bendicion que seria sacrílega y yo no puedo otorgarte! »

El sacerdote desaparecia al pronunciar con entonacion terrible estas últimas palabras. El confesonario estaba vacío, la iglesia oscura y sola: no habia más que eco y sollozos; eco de maldicion y lágrimas de pecado. La penitente se levanta resuelta, seca sus ojos, toma con pasos de gigante el trayecto que la separa de Atocha; allí hay un tren vacío como el confesonario, una máquina que grita como la boca del padre, un humo que perturba la vision como la oscuridad de la iglesia. La penitente entra en el coche; el coche parece que fluctúa en un elemento desconocido; no es el suelo, ni el agua, ni el aire; es el incógnito, es el

 hier-

Digitized by Google

hierro, por donde la imaginacion apenas concibe que se puede volar. Vuélase, sin embargo, como la piedra en la honda, que de tanto moverse no se mueve: un ruido infernal, unas chispas infernales, unos aullidos del infierno trasportan al condenado léjos de la ciudad, léjos de los suyos, léjos de todo cuanto constituye su amor y su dicha; aquél es, no cabe duda, el camino por donde los condenados irán al tormento eterno. De repente, dos aullidos, más desgarradores que los ordinarios, se encuentran y atortillan en la atmósfera; un espantoso golpe detiene de improviso el vertiginoso volar de los viajeros; gritos humanos de dolientes querellas y chasquidos materiales de maderos, vidrios y barras metálicas, indican que el tremendo choque acaba de consumarse: ¡gran Dios! exclama la mujer; ¿es el último dia?...

La sonámbula despierta convulsa en aquel instante; abre los ojos, y duda de si vive;

Digitized by Google

ve la luz, y duda de si hay dia; llama á Gabriel, á Gabriel, á su Gabriel, y Gabriel la responde desde un sofá que hay al otro lado de la cama, de donde acaba de arrojarse en aquel momento.

—¿Qué tienes, qué te ocurre? (pregunta el marido, cariñoso y alarmado).

Doña María se incorpora definitivamente, le mira con fijeza, y limpiándose el sudor del rostro con la mano misma, dice entre turbada y sonriente:

—Nada, Gabriel; que he soñado una porcion de cosas raras; pero no queria que te fueras á la oficina sin decirte que estoy dispuesta á hacer el viaje; que lo dispongas para cuando te parezca oportuno.

Digitized by Google

VI

Los preparativos de viaje eran de dos especies: los que se referian á la calle, y se encargó de ellos el marido, y los que se relacionaban con el interior, que quedaron á cargo de la mujer. Los primeros vendrian á casa por la noche; los segundos debian estar preparados desde por la mañana. Don Gabriel los tomó á la memoria, y eran los siguientes:

Comprar un saco de noche.

Comprar una *Guia del ferro-carril.*

Hablar en la Administracion con algun jefe, para informarse de las precauciones que se deberian adoptar.

 Po-

Digitized by Google

Poner su reloj con la muestra de la Puerta del Sol.

Avisar á un cochero de plaza para las seis y media.

Y oir á los amigos sobre lo que fuera más prudente en estos casos.»

Marianillo, que se informaba de todo, hizo una observacion que no carecia de oportunidad. En su sentir, el saco de noche debia ser saco de dia, porque el viaje se verificaba por la mañana. Gabriela le llamó tonto, y el asunto quedó en tal estado.

Doña María escribió su lista en un papel entrelargo, y decia así:

Despedirme de los primos de Gabriel.

Comprar una libra de salchichon.

Decir al panadero que traiga esta tarde dos panecillos más.

Ir á la Vírgen de la Paloma.

Comprar seis naranjas de cáscara fina.

Llegarme á la escuela y decir al maestro que cuide bien á Mariano.

Digitized by Google

Repartir una peseta á los pobres.

Dejar pagado al carbonero que vence mañana.

Comprarle á Perico alguna friolera.

Entrar en una tienda de quincallería, y pedir estampas de camino de hierro, á ver si me hago cargo de cómo son los coches.

Y preguntarle á Gabriel si ha hecho todos los encargos.—Fin de la lista.

¡Ah! Cambiar tres ó cuatro duros en pesetas.»

El dia, como se ve, era muy ocupado para ambos esposos. Don Gabriel volvió á su casa cerca de las nueve. Doña María, que habia comido vestida de calle, tuvo aún que salir de nuevo despues de comer, y llegó poco ántes que su marido. En la sala todos los trastos estaban por medio: sobre la mesa apenas cabia el velon. Se encendieron dos luces más para que se pudiera andar con desembarazo por todas partes. Los primos de Gabriel acudieron á pagar la despedida,

Digitized by Google

trayendo en su compañía tres sobrinos segundos, uno de los cuales lloraba siempre que lo tenia á bien. Mariano obtuvo licencia para no acostarse hasta que le rindiera el sueño. Gabriela daba cuerda, y limpiaba con un pañuelo de holanda, el reloj de plata que su madre habia comprado á Perico: dentro del guarda-polvo puso un papelillo con estas palabras:—«Expresiones de tu prima.»—Los cuatro muchachos menores, la emprendieron con cuatro de las seis naranjas de cáscara fina que habia preparadas para el viaje. Al salchichon no le metieron mano porque olia á rancio; pero en su defecto, Marianillo les proporcionó cuatro onzas de chocolate crudo. La casa, en fin, habia perdido su asiento moral: parecia que se estaba en elecciones. El demonio de la civilizacion acababa de entrarse por las puertas.

Las once de la noche iban ya á sonar, cuando la familia se quedó sola y en calma.

Digitized by Google

Don Gabriel comenzó á dar cuenta de sus trabajos en esta forma:

—He comprado el saco de noche: los habia pequeños y grandes, y he escogido uno de los últimos, por si otra vez se necesita para un viaje de más personas.

Doña María replicó, como quien se distrae con mayores pensamientos:

—Se lo regalaremos á los hermanos cuando se marchen, porque no creo que á nosotros nos vuelva á hacer falta.

—Tengo aquí la *Guia del ferro-carril;* he hablado con el jefe de la estacion, y á poco se rie de mi pregunta. Dice que no hay cuidado.

—Así lo supongo (repuso Doña María).

—El carruaje vendrá á las seis y media en punto, para que salgamos de aquí ántes de las siete. Lo he buscado, segun aconseja el oficial mayor de mi oficina: coche nuevo y caballo viejo.

Gabriela sonrió la agudeza, y dijo:

Digitized by Google

—¿A qué hora sale el tren?

—De eso vamos á ocuparnos ahora (añadió Don Gabriel, afectando cierta calma que no sentia). Hay tres trenes diarios, y ahora en estas primeras semanas, cuatro. El primero sale de Madrid á las siete y media: en ese se va tu madre. El último sale de Aranjuez á las cinco y media: en ese volverá tu madre.

—¡Dios lo quiera! (exclamó la muchacha imprudentemente).

—De modo (siguió diciendo Don Gabriel), que á las siete de la noche está aquí de vuelta, como si tal cosa.

—¡O ántes! (objetó Doña María).

—No, mujer; ántes es imposible. Los trenes no tienen ántes, porque está prohibido; suelen tener despues, y esto es muy cuerdo, porque ahora se camina despacio para mayor seguridad de los viajeros.

—De modo que se tarda... (dijo la niña).

—De seis á siete cuartos de hora en las

 on-

Digitized by Google

once leguas (contestó el padre). Hé aquí el pueblo que vas á visitar, María.

Y abriendo un cuadernito de unas sesenta páginas que tenia en la mano, comenzó Don Gabriel á leer de esta manera:

«A tres leguas de Madrid, y á la derecha del camino, se encuentra Pinto, villa situada en un llano perteneciente al partido judicial de Getafe, la cual cuenta 250 casas de construccion regular, casa consistorial, cárcel, los restos de un castillo feudal perteneciente al duque de Frias, un parador de construccion reciente y capaz, escuelas para ambos sexos, una fuente de buenas aguas, y la iglesia parroquial de Santo Domingo de Silos. En las afueras están situadas las ermitas conocidas con los nombres de Santísimo Cristo del Calvario, Santiago, San Antonio Abad, y el cementerio. A más, hay un paseo llamado el Egido, que separa el pueblo por las inmediaciones de la iglesia.»

Digitized by Google

—¡Bonito pueblo debe ser (interrumpió la muchacha); qué lástima que el pobre tio no pueda ver ese paseo del Egido, que estará ya tan hermoso!

—Cierto que no lo verá (dijo la madre); pero tampoco verá el infeliz el cementerio.

Don Gabriel, que queria apartar de la velada toda idea lúgubre, continuó leyendo:

«Su terreno, todo de secano, á excepcion de cuatro huertas de regadío, produce trigo, cebada, garbanzos, aceite, vino, patatas y hortaliza; mantiene ganado lanar y alguna caza menor. El comercio está reducido á seis tiendas de mercería, y el vecindario es de 420 vecinos, con 2.504 almas.»

—Ya ves, María (añadió), que no vas á ningun poblacho miserable.

—Debe ser bueno el pueblo, efectivamente (murmuró la mujer, y despues dijo): ¿á qué hora se llega?

—La *Guia* no lo dice; pero en la tarifa he

Digitized by Google

leido que se llega á las ocho y cuarto próximamente.

—¡Tres leguas en tres cuartos de hora! (exclamó Gabriela con asombro).

—Calla, hija mia (repuso el padre), pues si en el extranjero se andan en tres cuartos de hora más de las once leguas que tiene todo el camino...

—Así ocurren tantas desgracias (interrumpió Doña María); pero en éste no ocurren ningunas, porque se va despacio.

Despues se incorporó y dió un beso en el rostro á Gabriela. La muchacha se abalanzó al cuello de su madre, y comenzó á llenarlo de caricias y de lágrimas. Era aquello una explosion de sentimiento tan inopinada como imponente.

—Vamos, María; vamos, muchacha (dijo el padre conmovido, pero echándola de grave y de fuerte). ¡Qué tontería; parece que se va á acabar el mundo! pues ¿no hemos de estar aquí mañana á estas horas, tan di-

Digitized by Google

chosos ó más que hoy? Coged luces, y cada uno á su cuarto, que hay que madrugar mucho. No tardes, María.

Y Don Gabriel se salió de la estancia casi arrepentido de haber iniciado este viaje. Un secreto presentimiento le remordia en el interior de su conciencia. ¿Por qué no esperar una semana más á ver cómo andaba el camino? Ahora era ya imposible retroceder, y al hombre le tocaba dar ejemplo de fortaleza. Tarareó, pues, una cancion, contra su costumbre, y cerró con estrépito la puerta de su cuarto. Esto se hace siempre que se necesita demostrar que no hay miedo.

Doña María tomó una luz y se dirigió á la cama del niño. Mariano dormia profundamente con los brazos destapados, como si hiciera calor, y un bigote de chocolate que denunciaba su última diablura. Tapólo con cariño, aproximóse á su carita risueña para darle un beso medio en el aire, y murmuró para sí con una lágrima en los ojos:—«¿Por

Digitized by Google

qué habrá madres que se separen de sus hijos?»

Ejecutó los últimos menesteres de una noche ordinaria; pasó revista á los útiles que habian de servir á la mañana siguiente; rezó un poquillo más que de costumbre, y con paso firme y continente sereno, despues de permanecer un instante á la puerta cerrada del cuarto de Gabriela, atravesó el comedor y se dirigió á su alcoba.

Si Doña María hubiera leido á Julio César, habria dicho como él, al acostarse:

Alea yacta est.

Digitized by Google

VII

Los trenes escogidos para hacer el viaje eran, como acabamos de indicar, el primero de por la mañana y el último de por la noche, para mejor aprovechar el hueco del dia, ya que tan rápida iba á ser esta entrevista de los hermanos. Éstos tenian conocimiento de la llegada por dos cartas consecutivas, en la prevision de que pudiera perderse una. Nada, pues, se habia olvidado ni en lo moral ni en lo físico. Una miaja de gracia de Dios, y lo que comenzaba tan triste, podia concluir en medio de la mayor alegría.

Digitized by Google

La noche se pasó bien. Los esposos durmieron tranquilamente, áun cuando dió la casualidad de que dos ó tres veces que despertó Don Gabriel un instante, habia despertado asimismo un momento Doña María. A las cinco y media ambos estaban de pié. A las seis tomaban juntos chocolate en el comedor. A las seis y cuarto, Marianillo crujía un látigo con grande estrépito, y gritaba con voz de mayoral:—«¡Al coche, al coche!»

Gabriela llenaba el saquito con el salchichon, una servilleta, los dos panecillos, un pomo de árnica, dos trapos cuadrados, la Guía del camino de hierro, el reloj de Perico, que confrontó con la muestra del de su padre, una petaca llena de cigarros muy buenos para su tio, un pañuelo de espuma para Rosalía, un refajo bordado para la criada... y no cabia más.

—Hija mia (dijo la madre), no metas más que dos naranjas.

 Ma-

Digitized by Google

Marianillo se fué á un rincon y se echó á reir.

—¿Estamos corrientes? (gritó Don Gabriel).

Las ruedas del carruaje se habian sentido parar á la puerta. La mañana estaba un poco nebulosa y fria. Todos temblaban alguna cosa, pero era de lo desapacible del tiempo.

—María (ordenó Don Gabriel): un beso á la niña, otro al niño, y á escape por la escalera abajo. No quiero títeres.

La mujer obedeció como un autómata. Besó á sus hijos una sola vez muy fuerte, se pasó la mano por los ojos que no lloraban, y con voz firme les dijo á los criados que salian á la puerta:

—¡A Dios!

Un instante despues el carruaje partia á galope calle abajo en son de fiesta; pero la infeliz mujer que lo ocupaba se deshacia en lágrimas y sollozos.

Digitized by Google

—¡Por Dios! Gabriel (exclamó): déjame llorar cuanto quiera; así desahogo mi alma. Sé que es una tontería, que parece ridículo lo que me pasa, que quizá ofendo á Dios dándole tanta importancia á una cosa que no la tiene; pero déjame llorar, porque no puedo remediarlo. Sé que me voy para un dia, para algunas horas; que volveré ántes de abrir y cerrar los ojos, y os hallaré tan buenos y tan felices como os dejo; pero sé que me voy, Gabriel, y el que se va para una hora no puede decir si se va para siempre. Lo malo es irse, y yo no me quiero ir.

Don Gabriel, conturbado por aquel discurso tan ingénuo y tan legítimo, sintió tambien que sus ojos se arrasaban, y contestó con la mayor ternura:

—Llora, María, llora; yo no te lo impido, y seria un bárbaro si tal hiciera; pero piensa, hija mia, que con esas lágrimas me partes el corazon y voy á quedar temblando por tí.

La amante esposa se repuso entónces vio-

Digitized by Google

lentamente, y secó sus ojos con artificial esfuerzo.

—Ya no lloro (exclamó): se me ha pasado la tontería; pero oye bien, Gabriel, lo que te encargo. En primer lugar vuelve á casa ahora mismo, y estáte cuanto más puedas con ellos. Aun cuando vayas á la oficina un poco más tarde, eso no importa. Que lleven con cuidado el niño al colegio: esas criadas no tienen sentido. Que no abran á nadie; mira que la niña se queda sola. Que no enciendan luces hasta que tú vayas. En fin, Gabriel, que no se me eche de ménos, ¡por Dios!

El carruaje llegaba á la estacion de Atocha, y no habia momento que perder. El cronómetro del camino estaba un poco adelantado de los relojes ordinarios. Tomaron un billete de ida y vuelta en primera clase para Pinto, y se dispusieron á entrar en el anden. Pero los porteros manifestaron que sólo podia pasar la persona portadora del

 bi-

Digitized by Google

billete, y áun cuando Don Gabriel rogó que le permitieran acompañar á su esposa hasta el coche, no pudo conseguirlo. Aun no se habia inventado la trampa de tomar un billete de tercera para Getafe, ni ménos el cómodo expediente actual, de adquirir por media peseta el derecho de entrada. Los esposos se abrazaron con extrema efusion, y cada cual tomó un camino diferente. Era la primera vez que esto sucedia.

Quedó, pues, la esposa abandonada en medio del mundo.

Confesemos aquí que el abandono es algo más comun de lo que á primera vista parece. Llamamos abandono á la eternidad, pero no medimos las distancias del reloj de la eternidad cuando lo aplicamos al abandono. El abandono, que creemos ser idea de mucho tiempo, es en ocasiones idea que se refiere á muy escasos instantes.—Cuando se quema una casa, y no se acude á socorrer á una persona que está dentro, cada cinco

Digitized by Google

segundos son cinco abandonos, y los sesenta abandonos de un minuto, suman un abandono eterno. La idea de abandonar no es una idea de perderse; es idea de no hallarse, es el libre albedrío en medio de la adversidad impotente.

Doña María, que dejaba una familia atrás, y que no veia sino en sueños otra familia delante, hubiera caido redonda al suelo, amagada por el terror, si una tercera fuerza no se le hubiese interpuesto entre ambos abandonos. Esta fuerza era el desconocido ferro-carril.

Todas las ideas de la tierra se desvanecen y disipan en presencia del mar. Cuando se está por primera vez delante del mar, no se está solo, áun cuando se sepa que no hay nadie al rededor de uno; se está con todo lo mayor que puede estarse, con el infinito, cuya idea se concibe en aquel momento; con las tempestades, de cuya forma quiere uno laboriosamente darse cuenta; con los

Digitized by Google

antípodas, cuyo camino llano y casi recto se toca con la punta del pié; con el cielo, cuya proximidad y grandeza parece que nos atrae; con el profundo, cuyo horror y cuya ignorancia nos convidan á pensar en sus misterios. El mar respira y vive, ruge y habla, se mueve y pasea, discute y como que nos persuade de que estando á su lado no se está solo. Cada instante se viene hácia nuestro cuerpo instándonos á seguirle, y huye despues de vacío como para indicarnos la correndilla, descubriendo á la vez, en sus relucientes arenas y caprichosos riscos, una muestra de los variados y pintorescos tesoros que posee. Ante el mar se olvida el hombre de sí mismo, piensa en su insignificancia, y se ruboriza de dar valor á las cosas personales y propias que le cercan. ¿Qué es el hombre al lado del mar? ¿Qué es el mecanismo de una existencia humana, al lado de los inmensos y complicados mecanismos de la creacion?

Digitized by Google

Doña María quedó perpleja ante el tren de ferro-carril, como cualquier viajero queda atónito á la vista del mar. Principió por no estar abandonada, porque estaba con él. Aquel suelo duro y aplanado; aquellas barras brillantes y bien unidas; aquellas ruedas rechonchas y seguras; aquellos coches pulimentados, limpios y grandes; aquel animal de hierro que gritaba, se movia, respiraba, se encabritaba, se empenachaba y obedecia á un domador, como el elefante civilizado; aquel ruido de mercancías y equipajes que amontonaban los factores; aquella animacion de viajeros y empleados que asaltaban el tren; toda aquella locuacidad de personas y objetos, bulliciosa y alegre, diéronle respiro y fuerza, inspiráronle confianza y amistad, templaron en un solo momento, no su confusion, sino su sobresalto. Tambien el tren la llamaba como llama el mar, tambien la atraia con sus fáciles movimientos como atraen las olas, tambien la

Digitized by Google

mostraba las dotes de su presteza, de su comodidad y de su baratura, como el reflujo muestra sus encantos.

Sonó un timbre estridente, despues una campana tónica, despues un pito como de sereno, por último un alarido agudo y continuado, como el que exhalara todo un pueblo al hundirse en el mar. Y el barco se movia, se movia como se mueven los barcos, sin mover á la persona por partes, sino en su conjunto. Aquello no era andar, ni navegar, ni volar; pero tenia un poco de todo esto. La estacion habia desaparecido, el mónstruo jadeaba cada vez con mayor violencia; una curva fuerte permitia observar todo el tren, con su cabeza cubierta de humo, como un plumero, con su cola rematando en una torrecilla, como un lazo; y allá en lontananza Madrid que se achica, Madrid que se embellece, el templo de Atocha que semeja un monumento, el Observatorio que parece una ruina romana, y

Digitized by Google

por bajo de esta ruina el Cerrillo de San Blas, escueto, pelado y rojo; sobre la mayor altura una cosa negra que mueve una cosa blanca: Doña María no la distingue. ¡Ah! ¡si la distinguiera!—Es Don Gabriel, que se ha subido allí para dar el último adios á su esposa.

Digitized by Google

VIII

Los trenes del ferro-carril de Aranjuez paraban en Getafe. Todo el que entraba por primera vez en ellos, hacia en este lugar su aprendizaje de miedo en veinte minutos. Cuando el tren daba su última cernida y el guarda-frenos lo clavaba delante de la estacion, todos los pechos respiraban con desahogo, y todas las voces repetian estas dos mismas palabras:—«Está bien.»

Doña María salió entónces tambien de su segundo asombro. El primero habia sido el tren que se disponia á andar: el segundo era el tren que acababa de pararse. Nunca

Digitized by Google

se imaginó que aquello que tantos terrores inspiraba y que tan tremendas catástrofes habia producido ya, al decir de las gentes, fuera una cosa tan sencilla, tan dulce y tan segura en la apariencia. Sacó su itinerario, que le advertia el nombre del pueblo y la duracion de una parada de tres minutos, y dedicó éstos á dar gracias á Dios, no porque la habia conservado á ella en medio de aquellos peligros, sino porque la conservaba para dicha y ventura de los pedazos de su alma que dejaba en Madrid. En esta primera prueba habia perdido la zozobra propia y el miedo por los ajenos. Casi tuvo vergüenza de haber dado tamaña importancia á un viaje tan cómodo y tan seguro.

En estos pensamientos se le pasaron algo más de los tres minutos que indicaba la Guia, y por si sus cálculos de impresion no eran ciertos, consultó el reloj que llevaba para Perico. Efectivamente, hacia catorce minutos que estaban parados, y el tren no

 ofre-

Digitized by Google

OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

ofrecia trazas de ponerse en movimiento. ¿Qué será?

Debió pronunciar esta frase *qué será* en alta voz, puesto que un compañero de viaje, hasta allí silencioso, exclamó como contestándola:

—Aquí se verifica el encuentro del tren que sale de Aranjuez con éste que va de Madrid; y como todavía los operarios no tienen costumbre y el camino no está bien sentado, suele haber retrasos en alguno de los trenes, y el otro tiene que pararse para evitar una desgracia.

Esta contestacion tenia tanto de tranquilizadora como de alarmante para la novel viajera. Doña María sacó la cabeza por la ventanilla, y vió que todos los compañeros bajaban del tren, y unos hablaban en corrillos, otros entraban y salian en la estacion, algunos gritaban como en son de queja; pero ninguno permanecia en la actitud de una situacion ordinaria.

¿Po-

Digitized by Google

—¿Podré bajarme? (preguntó al caballero).

—Sí que puede usted bajarse sin cuidado, porque este vehículo no tiene apariencias de andar en mucho tiempo. Yo soy práctico en ferro-carriles, y cuando sucede esto, es que pasa algo.

Dijo, abrió la portezuela desde dentro con gran facilidad, y ayudó á Doña María para que se bajase cómodamente.

La pobre señora se dirigió en el acto á uno que parecia funcionario público, porque llevaba levita azul con botones dorados y una chapa en la gorra, y le preguntó, decimos mal, intentó preguntarle lo que ocurria. El funcionario la dió un bufido encogiéndose de hombros, y siguió su marcha. Doña María quedó suspensa; se avergonzó algo, y fué á pararse tímidamente junto á una mujer de pueblo que se hallaba sentada en un costal de trigo. Aquella mujer podia ser tambien de chapa, pero no tenia

 cha-

Digitized by Google

chapa; así es que pasado un momento, se atrevió á decirla:

—¿Sabe usted si ocurre algo?

—¿Que si ocurre, señora? Ahí es nada lo del ojo: que el demonio nos va á llevar hoy en cuerpo y alma. Yo lo que siento es que esta cebada la necesitaba mi marido á las nueve, y por lo visto ni á las cinco de la tarde.

—Pero ¿qué sucede?

—Que el tren de Aranjuez ha descarrilado más acá de Pinto, porque un bruto de carretero quiso pasar ántes que él, y carro y mulas y hombre han ido volando á los infiernos.

—¿Será posible? (exclamó consternada Doña María).

—Y tan posible, señora, como que usted y yo vamos á reventar de un berrenchin.

La mujer sacó un puñado de nueces y comenzó á partirlas con la boca. Doña María se colocó á la puerta de la estacion para

Digitized by Google

escuchar las conversaciones del público.

—Nada (decia uno): en cuatro horas lo ménos no se arregla la vía, y eso que no sabemos si la máquina ha reventado.

—¡Ah! pues si así fuera, estábamos aquí hasta la noche (murmuró un segundo).

—Lo peor de todo (repuso un tercero) es que aquí no hay nada que comer.

—Iremos al pueblo á buscarlo.

—Nos convidaremos casa del cura.

—Yo conozco al alcalde del año 45, que se murió el invierno pasado.

—Pues á su casa á comerse la herencia.

—Señores (gritó entónces uno de los empleados de chapa): hasta la tres de la tarde lo ménos no puede seguir el tren. Con que á buscársela.

Este discurso del funcionario fué recibido como todos los documentos oficiales: con silbidos y palmadas. Pero los viajeros, hombres y mujeres, silbadores y aplaudidores, se derramaron en el acto por las cer-

Digitized by Google

canías de la estacion con algazara frenética, como soldados á quienes se dice: « rompan filas. »—Doña María quedó casi sola.

Pasado el primer estupor, se puso á reflexionar: —« ¡Héme aquí verdaderamente perdida! Mis hermanos me esperan á las ocho y cuarto: ellos ya saben lo que ocurre y no esperarán; pero ¡quién sabe la agonía que les aguarda sobre lo que á mí pueda sucederme! Ese hombre dice que á las tres, lo ménos; ya serán la cuatro ó más cuando pueda caminarse. Entónces tardaremos una hora en llegar: serán las cinco. A las seis pasa el tren de vuelta: ¡qué tiempo voy á estar con ellos! ¡qué pena no pasarán en todo el dia! Y si el camino no se compone ni á las tres, ni á las cuatro, ni hasta la noche, ¿qué va á ser de mí?, ¿qué resolucion habré de adoptar para con los mios? »

Doña María quedó pensativa algun tiempo para rehacer su espíritu y no ofuscarse demasiado. Despues reflexionó de nuevo: —

 « Este

Digitized by Google

«Este tren de Aranjuez debia llegar á Madrid á las ocho. A las ocho lo que llegará es la noticia de que ha descarrilado; que ha habido muertos y heridos; que la vía está interceptada; y ¿quién sabe si se cundirá por Madrid que han chocado los dos trenes? Despues lo rectifican los periódicos; pero lo primero que hacen es decirlo. Gabriel estoy segura de que ántes de entrar en la oficina se llega á la estacion á preguntar si el tren ha llegado felizmente. Lo conozco bien y sé que estaba inquieto con este viaje: anoche no durmió.—Pues bueno: le dicen que hay un accidente, que el suceso ha ocurrido en Pinto, que hay desgracias que lamentar... ¡Dios mio! ¡Dios mio!!... ¡no quiero pensarlo! Se vuelve loco, abandona á los hijos, viene á pié, ¡qué sé yo! ¡Dadme luces ¡Vírgen Santa! para que no piense disparates en este momento!»

Y Doña María comenzó á llorar.

Rehecha de este segundo paroxismo, se

—lim-

Digitized by Google

limpió las lágrimas, con igual decision que cuando salió de su casa, y al elevar en tono suplicante sus ojos al cielo, posó la vista en el alambre del telégrafo eléctrico.

—¡Gracias, Vírgen Santa! (exclamó): todo está ya arreglado. No hay desdicha en la tierra que no tenga cerca de sí un consuelo. Ese alambre lo evitará todo.

Doña María era una mujer que no ignoraba nada de lo que pasaba en el mundo; pero no tenia costumbre de ejercitar las cosas de la vida pública. Sabia que habia telégrafo, y que por él volaban las palabras; pero no habia puesto hasta entónces ningun parte, ni tampoco lo habia recibido. En aquel momento se consideró un Robinson que encontraba la lumbre.

Hemos dicho mal: Robinson no pudo impresionarse nunca tanto al producir la lumbre; se alegraria lo mismo, pero su entusiasmo no seria mayor. La lumbre se nos sale todas las mañanas por Oriente y se nos

Digitized by Google

oculta por Occidente desde el dia que nacemos: no es una novedad, pues, ni para nuestros ojos ni para nuestro espíritu. Las estrellas la simulan por la noche; el relámpago la anuncia entre las nubes; el rayo nos la enciende en la tempestad. Crece la lumbre á nuestro lado, desde la rejilla en que se secan nuestros pañales, hasta el blandon que alumbra nuestro féretro. La lumbre es el emblema del hogar, es el núcleo de la familia, es el calor externo, en torno de cuyas llamaradas se reune y conserva el calor interno de nuestra alma.

La lumbre no nos dice nada nuevo cuando la contemplamos, por más que nos diga mucho cuando hablamos con ella.—En la niñez la lumbre es alegría, y hasta el papelillo que quemamos por travesura, es objeto de conversacion y correspondencia para nuestros infantiles labios. En la juventud suele servir de punto de cita para cuatro ojos amantes que desde largas distancias se

 mi-

Digitized by Google

miran y comprenden en la brillantez parladora de un lucero. Durante la virilidad, la lumbre es el fundamento de todas las industrias y actividades humanas; y, por fin, en la vejez, es la lumbre el único apoyo y contrapeso de la vida que se enfria. Tratamos, por consiguiente, á la lumbre como á una amiga cariñosa con quien se nace, se vive y se muere: su rostro ha perdido para nuestra mirada la expresion de la fealdad y de la hermosura; su presencia ha perdido los caractéres esenciales del asombro; sentimos cuando se va y nos complace su vuelta; pero ni cuando se va creemos haberla perdido, ni cuando vuelve consideramos insólito el hallazgo. Pues qué, ¡habia de perderse! Ella, que nos acompaña en tantas soledades, que nos dice tantas cosas con su chisporroteo, que nos finge tantos duendecillos con sus llamaradas y con sus sombras, que tanto nos entretiene con su versatilidad, con su comunicativo donaire;

 con

Digitized by Google

con sus atornasolados colores, con su viveza juguetona y expansiva: ella, que ha sabido inspirarnos, y hacernos cantar y bendecir *¡el amor de la lumbre!*

No sucede lo propio con esa hija expósita y sin abolengo que le ha salido en nuestros dias bajo el nombre de electricidad. Podria decirse de ambas, que se parecen á la mujer de la clase media española que manda á su hija á un colegio inglés: la madre continúa locuaz, abandonada, indiscreta, pero inocente y sencilla; al paso que la muchacha vuelve instruida, aderezada, culta, pero severa y grave como las nieblas que la han cobijado en su juventud.—La electricidad, efectivamente, parece educada en Inglaterra.

Hija del hierro y del carbon, habitante del subterráneo y de la mina, con el laboratorio por colegio y los gases y el humo por condiscípulos, histérica y nerviosa hasta la epilepsia, incorpórea y vaga hasta la im-

Digitized by Google

palpabilidad, relacionada con lo etéreo, con lo fantástico y lo incomprensible; activa y trabajadora, caminante pertinaz, catequista de tierras lejanas, abreviadora del tiempo, reina del espacio,—cualquiera creeria que era una creacion dramática de Shakespeare.

¿Cuáles son su sustancia y su forma? Nadie lo sabe. ¿Con quiénes vive y de qué materias se alimenta? Lo ignoran todos. ¿Adónde se encamina y cuál será su término? Imposible predecirlo ahora.—Ello es que oculta en el alambre, y tendida por tierra, flotando en el espacio ó sumergida en los profundos del mar, abraza á los hombres con un solo abrazo, les habla con un solo grito, les estremece con un solo impulso.

La criatura humana no es amiga de la electricidad: la trata como los ignorantes á los sabios, con respeto forzoso y desconfianza instintiva; recuerda que se le aparece en actitud hostil durante su sueño, que se

Digitized by Google

le presenta en forma aterradora durante la tempestad. Un solo átomo de esa invisible, perturba desde la planta al cabello; una exhalacion microscópica, incendia el bosque ó hace estallar la montaña: si quiere impeler, todo lo arrolla; si quiere lucir, todo lo esclarece; si quiere sonar, todo lo retumba.—Tiene algo del demonio: se la toca con el dedo y saltan chispas; tiene tambien algo de Caín: por envidias de virtud atrae y mata á su hermana.—La electricidad es una cosa que causa cierto horror.

Pero al mismo tiempo, ¡qué maravillas la de su curso y la de su agencia! Estos sabios tienen eso: por antipáticos que sean, por repulsivos que se nos hagan, llega una hora en que nos resuelven la cuestion del modo más portentoso.

Merced á la electricidad, la palabra se monta en un alambre: ¡qué décimos la palabra! la idea, el pensamiento, la sensacion humana, se introducen en el hilo de

 hier-

Digitized by Google

hierro y vuelan, vuelan, vuelan, ¿qué sabemos? vuelan desde Lisboa á Pekin, pasando por España, por Francia, por Alemania, por Rusia, por Siberia, por Tartaria; y lo que es más que eso, pasando por Moisés, por Lutero, por Mahoma, por Confucio; y lo que es más todavía, de la templanza al frio, del frio al hielo, del hielo al calor, del calor al trópico; y saltan los abismos, y se hunden en los mares, y roturan los desiertos, y gritan únicamente donde los hombres puedan escucharlas. ¿Cómo te metes en ese alambre, maga misteriosa, y por qué siendo tan potente te has puesto con humildad al servicio del hombre? ¿Con qué piernas caminas, con qué pulmones hablas, con qué fuerzas empujas?

No hay que burlarse de que el labriego crea que se mueren los pájaros que se posan en el alambre, ni de que á veces arrime el oido al poste para escuchar la conversacion que circula, ni de que le fie un papel

Digitized by Google

para que lo lleve en breves instantes al lugar vecino: pues qué, ¿el hombre de ciencia sabe más que eso? ¿No hay delante de ese hilo una estupefaccion siempre dispuesta á apoderarse y confundir al observador que lo mira? ¿No hay en ese alambre asombros para el sabio? ¿No hay en ese alambre motivos de gratitud para el creyente? ¿No hay en ese alambre sobrado objeto de regocijo para una pobre mujer atribulada?

Continuemos.

Sobre una de las puertas de la fachada de la estacion, habia un letrero que decia:—«*Telégrafo*,»—y desde afuera se oia el timbre metálico que vibraba y repercutia sobre su propio son, como los atacados del baile de San Vito. Desde allí se hablaba á todas partes, y ella ¡inocente! no habia caido en que desde allí podia hablar á su esposo.

Penetró, pues, en la oficina, radiante de felicidad, y dijo al telegrafista que manipulaba el aparato:

Digitized by Google

—Perdone usted, caballero, si le interrumpo...

El telegrafista no se dió por interrumpido, ni ménos excusó el perdon. Agarrado á la manivela de un instrumento, especie de moledor de café, iba dando golpecitos poco á poco, como si desmenuzase letras en vez de granos. Mucho tiempo pasó en esta monótona y abstraida tarea, hasta que, desperezándose con cierto abandono, se volvió á Doña María, diciéndola:

—¿Qué viene usted á hacer aquí, señora?

—¿No es este el telégrafo?

—Este es el telégrafo.

—Pues bien: vengo á poner un parte.

—¿Para dónde?

—Para Madrid.

—Y ¿qué quiere usted decir en ese parte?

—Aviso á mi marido que no tenga cuidado.

—Sin cuidado vivirá él, señora.

—A pesar de todo... (balbuceó Doña María

Digitized by Google

ría algo cortada), yo quisiera decírselo.

—Pues, señora, pierde usted el tiempo. Este telégrafo no es de los particulares; es de la empresa. Aquí no se habla nunca con el marido de nadie.

—Pues ¿para qué hay á la puerta un letrero que anuncia al público esta oficina?

—Eso digo yo. Deseando estoy que lo borren las aguas. No se volverá á poner más.

—Y, dígame usted y perdone, caballero; ¿qué se hace cuando un particular necesita dirigir un despacho?

—Se va á la oficina del Gobierno, que está en los pueblos, y no en las estaciones, y se pone.

—De manera, que yo debo ir al pueblo.

—Vaya usted, señora, si quiere; pero en Getafe no hay telégrafo. ¿Para qué quieren esos brutos telégrafo?

—De modo (insistió Doña María, bastante apurada), que usted no puede indicarme un recurso...

Digitized by Google

—Recurso sí hay. Por ejemplo; si usted se hubiera matado, ó, por lo ménos, si se hubiera usted roto una pierna...

—¡Ah! Con que para las desgracias...

—Eso es; para las desgracias no tenemos nosotros inconveniente en que las sepa todo el mundo.

Doña María reflexionó un instante, el preciso para pedir perdon á Dios por la mentira que iba á echar. Dios se lo concederia en gracia del objeto.

—Pues precisamente por una desgracia es por lo que tengo tanto interés en avisar á Madrid. Al bajarme del coche me he dado un porrazo en esta pierna con el estribo, y no puedo continuar mi viaje.

—Siendo eso así (replicó el factor), llamaremos al facultativo de la empresa, y él dirá si el asunto merece un parte.

—No es la cosa para tanto, caballero (dijo Doña María algo ruborizada); el facultativo no puede decir más que yo.

 —Con-

Digitized by Google

—Conforme, señora, conforme. La empresa nos tiene encargado que no abramos mucho la mano para las desgracias. ¿No ve usted que su crédito está interesado en que haya pocas? Así es, que como no sea una desgracia buena...

—La mia es lo suficientemente grande para que yo me quede aquí.

—Pues, señora, al jefe de la estacion con eso, que á mí me parece muy chica.

La inocente mentirosa vió el cielo abierto con esta indicacion de un tribunal de alzada. El jefe seria empleado de mayor importancia, y por consecuencia, un poco más fino.

Fué á verlo, en efecto, y desde el instante consideró su causa ganada. Refirióle sumariamente su cuita, á cuyo relato el jefe se mostró muy amable, é invitándola á seguirle, salió hasta la puerta del telégrafo, desde donde dijo en alta voz:

—¡Ramirez! ponga usted un despacho á esta señora.

Digitized by Google

Doña María dió al jefe un millon de gracias.

—El nombre del interesado (dijo Ramirez).

—Gabriel... etc.

—La calle.

—Calle de tal, número tantos: oficina de La Empresa Metalúrgica.

—Está bien.

Siguió escribiendo el factor, y despues repuso, indicando en el papel un sitio con el dedo:

—Firme usted.

—¡Ya está!

—¿Quiere usted enterarse del parte?

—Naturalmente.

—Pues dice así:—Getafe tantos: Gabriel, etc.: calle tal, oficina cual. Me he tronchado una pierna al bajarme del coche en esta estacion. No puedo continuar el viaje. Ven por mí. María.

—Pero ¡señor! (exclamó la pobre mujer

Digitized by Google

horrorizada); ¿cómo quiere usted que yo ponga eso?...

—Señora: ¿pues cómo quiere usted que ponga yo otra cosa?...

—Lo que yo necesito (añadió la infeliz, casi reventando de lágrimas), es quitar cuidado á mi marido, y eso le pondria fuera de sí.

—Pues, señora, para quitarle cuidados, vaya usted al telégrafo del Gobierno: el de la empresa no hace más que darlos.

Doña María comprendió entónces que la órden del jefe no pudo referirse más que á la supuesta desgracia de la pierna. Vió su asunto perdido, y se alejó precipitadamente de la estacion, para no llorar delante del telegrafista. Habia mentido como una mala mujer, y habia mentido sin fruto. Dios la castigaba. Anduvo y anduvo, sin saber por dónde, hasta que, hallándose muy sola, se sentó en medio del campo, para entregarse allí á toda la expansion de su sentimiento.

El factor Ramirez, en tanto, que aunque

Digitized by Google

tenia modales un poco bruscos era un excelente hombre, pensó para sí:—«Esa buena mujer es capaz de dejarse morir en este pueblo, por no dar un disgusto á su marido!»—Y comunicó el parte.

Doña María permaneció en aquel estado de dolorosa lucha una porcion de tiempo, y allí hubiera permanecido no se sabe hasta cuándo, si un repiqueteo de la campana de la estacion y grandes voces de todas las cercanías, no la hubiesen hecho oir clara y distintamente la palabra:—«¡El tren!! ¡El tren!!»

Voló como los otros viajeros al borde de la vía, y vió que efectivamente el tren de Aranjuez se divisaba en el confin del camino, al paso que el suyo aparejaba la máquina y se henchia de criaturas alegres por todas sus portezuelas.

¿Qué habia pasado?—Esto no lo dicen nunca en los caminos de hierro. Quizá se equivocaron en la importancia del percance:

 qui-

Digitized by Google

quizá se habia verificado un trasbordo: nadie lo dijo. En los ferro-carriles se suele anunciar una desgracia; pero una fortuna, jamás. Doña María buscó su departamento y se entró en él. Allí estaba su saco de noche, áun cuando no el caballero que tan cortésmente se habia conducido ántes con ella. ¿Seria de Getafe?

Esto no le importaba gran cosa. Buscó el reloj de Perico para ver cuánto tiempo habian perdido en la marcha, y no lo halló: entónces pudo notar que el saco estaba abierto.

Gran disgusto experimentó la mujer con esta falta; pero eran tanto mayores los que habia experimentado hasta allí, que apenas tuvo lugar de sentirlo y olvidarlo.—El caballero era muy práctico en ferro-carriles, porque desde que se abrió el de Aranjuez no se ocupaba de otra cosa que en desbalijar primerizos.

Los trenes vuelan y tocan mucho el pito

 cuan-

Digitized by Google

cuando vienen con retraso. Les sucede lo que á los que llegan tarde á una cita: entran bañados de sudor y metiendo bulla. El de Aranjuez se echó encima del de Madrid en un minuto: ambos trenes se pusieron al habla.

—Pero ¿qué veo?... (gritó Doña María, dirigiendo los ojos al carruaje parejo al suyo); ¡esa cara! ¡es ella, ella... Rosalía!...

—¡María! (exclamó una voz de mujer desde el otro tren).

Y ambas hermanas, frenéticas, porque eran las dos hermanas, se arrojaron cada cual al camino por el lado opuesto, corriendo á juntarse en la confluencia libre de los trenes.

—¡Rosalía de mi alma!

—¡Hermana mia de mi corazon!!

Durante un rato no se oyeron más que estas palabras. Y ellas, las mujeres, enajenadas con su encuentro, con su sorpresa, con sus caricias, ni áun oyeron los pitos de

Digitized by Google

las máquinas, que con un intervalo de algunos segundos se saludaban y despedian en direcciones opuestas.

—¿Qué es esto? (dijo María).

—Que se va el tren (replicó la otra).

—¡Alto! ¡Alto! (gritaron ambas con inocencia).

Los trenes desaparecieron como dos trenes. Iban retrasados, y no era posible que observasen la formalidad de los tres minutos.

Hé aquí, pues, dos hermanas encontradas y dos hermanas perdidas.

Lo primero que experimentaron una y otra, fué estupor; despues se dijeron casi á un tiempo:—«Estando juntas, ¿qué importa lo demás?»

Rosalía refirió á su hermana que el choque con el carro habia sido terrible; pero que por fortuna la máquina no sufrió avería (que es lo importante en estos casos), y los carriles se sentaron pronto.

Digitized by Google

—Pero ¿y el carretero? (preguntó Doña María con ansiedad).

—El carretero, hija mia, no dijo ni «¡Jesús!»

Despues supieron una y otra que sus respectivas familias no tenian novedad; que aguardando Perico, su padre y ella en la estacion, tuvieron noticia del descarrilamiento; y como los coches regresaron á Pinto por herramientas y peones, ella se metió en uno para alcanzar á María en Getafe y darle la sorpresa de su inesperado encuentro. Entónces se volvieron á abrazar y á besar tiernamente.

—Y ¿qué haremos ahora? (preguntó María).

—No te preocupes, hermana (replicó la otra, á quien repetidos viajes habian hecho más resuelta). Ahora descansaremos aquí un momento en Getafe. Getafe no dista de Pinto más que tres cuartos de hora por la carretera, y yo he venido algunas veces por

Digitized by Google

un atajo que dista sólo media hora escasa. Tú te apoyarás en mi brazo, que estás más torpe para las tierras de sembradura, y contándonos nuestras historias se nos hará el camino muy breve. El dia no está del todo malo, y además te conviene el ejercicio. Así llegaremos con hambre al pueblo, que tengo una comida muy hermosa. Ahora tomamos cualquier friolera de lo que tú traigas...

—Sí (interrumpió María): traigo salchichon, naranjas... ¡ah!... pero ¿qué digo?... (añadió dándose una palmada en la frente).

El saco de noche iba á escape por el ferrocarril.

Digitized by Google

IX

Sucédele á la Mancha (y la Mancha principia á las puertas mismas de Madrid, porque Madrid, segun la pintoresca expresion de un amigo nuestro, no es otra cosa que el pueblo más hermoso de la Mancha); sucédele á la Mancha, decíamos, algo de lo que los viajeros nos refieren sobre las grandes planicies del polo austral. Nada de árboles, escasísima ó nula vegetacion, pocos animales y raros, una atmósfera traicionera que pasa repentinamente desde la calma hasta la tempestad, un terreno que se abre de seco ó se cierra de enfangado, alguna que

Digitized by Google

otra posada casi natural á donde cada uno come lo que lleva, esquimales ó cosa parecida que no se meten con la gente, pero que tampoco hablan su lengua ni gustan de su comunicacion; por último, sol fortísimo, aguas fortísimas, vientos fortísimos, una naturaleza salvaje que parece que necesita algunos siglos de colegio.

En la Mancha se muere uno de sed casi todos los meses del año, y hay meses de algunos años en que los vecinos salen á nado de sus casas, y los labradores andan en esquifes por las heredades. En la Mancha no se encuentra durante muchos kilómetros una pieza que matar, y á lo mejor se tropieza con fieras en los pueblos. La Mancha es una especie de desierto faraónico, pero sin Nilo: el Guadiana, á quien Dios le encargó cruzarla, se ha cubierto el rostro de vergüenza. Lo único admirable de la Mancha, es la predisposicion natural á producir buenas novelas.

Digitized by Google

Seamos justos, sin embargo: la Mancha es quizá el único país de la Península que ofrece á la contemplacion del viajero paisajes sin componer, y esto ya es mucho. Debemos explicarnos.

Doña María, apenas se reportó del susto por la pérdida del saco de noche, y adquirió el convencimiento de la necesidad de hacer la travesía entre Getafe y Pinto *pedibus* andando, se cogió al brazo de su hermana, y no sin dificultad salvó el desmonte del camino para tomar el atajo campo-atraviesa. Al ascender á una pequeña colina desde donde pueblo y estacion ya no se divisaban, al quedarse sola, diremos mejor, con los orígenes de la Mancha, no pudo ménos de exclamar en un arrebato artístico:—«¡Qué hermosura de campo, gran Dios!»

No hay que burlarse, señores, de la inocencia de esta mujer. Doña María no estaba admitida en ninguna academia, áun cuan-

Digitized by Google

do sabia y valia mucho más que la mayor parte de los académicos: quedaba, pues, libre de admirarse con la contemplacion de panoramas que no estuviesen comprendidos en las recetas académicas. El paisaje le pareció hermoso, y esto basta para que lo fuese.

Cierto es que no se divisaba un solo árbol; que las inclemencias de un invierno crudísimo no habian dejado aún apuntar la alfombra verde á fines de Febrero; que no habia sol ni nublado, porque hay dias que la naturaleza no se pone para que la pinten; que no se dibujaba en lontananza la aguja de ninguna iglesia; que no sonaban las esquilas de los ganados; que los arroyuelos murmuradores no murmuraban, ni ménos se permitian serpentear por la yerba; que á un lado y otro no habia bosque, ni fuente, ni molino, ni factoría; en fin, que allí no se encontraba ningun emolumento de los que constituyen el panorama pictórico.

Digitized by Google

¿Qué le hemos de hacer? Hay dias y lugares en que la naturaleza, repetimos, no quiere servir de modelo para que la pinten.

¿Pero quiere esto decir que la naturaleza no es siempre bella, áun cuando deje de echarse en ocasiones polvos de arroz?—Hé aquí la cuestion.

Doña María desde su infancia, que corrió al borde de la mar con panoramas tranquilos por el lado del agua, y aspectos tropicales del lado de la tierra, desde aquellos dias en que fué medio montañesa y medio pescadora, no habia vuelto á ver nada en el mundo más que su modesto cuarto de Madrid. Los arroyos que habia contemplado muchas veces, eran los de aguas sucias que suelen correr por nuestras calles; las agujas góticas de los templos, eran las fachadas de San Ginés y de San Márcos; las esquilas de los apriscos, eran los cencerros de las burras de leche; la vegetacion y el arbolado, eran las macetas de albahaca de su

 hi-

Digitized by Google

hija y las calenturientas acacias de la calle de Alcalá: ni fuentes más que la del Piojo, ni molinos más que el de chocolate, ni granjas más que aquella donde solia ir la reina los veranos, y que ella veia citada en el *Diario de Avisos.*

Para una mujer así, que despues de todo representa el tipo de nuestras mujeres, un plato de patatas es una comida excelente: su estómago no necesita trufas. Los panoramas pictóricos, desde los de Cláudio de Lorena hasta los de Cárlos de Häes, son las trufas de los entendimientos culteranos: los entendimientos incultos se contentan con un panorama de pan-llevar.

Y efectivamente: donde quiera que se descubre mucho cielo y mucha tierra, un aire libre que puede no oler á nada más que á aire, una soledad que puede no hacer ningun ruido más que el del silencio, una monotonía sublime que semeja los primeros instantes de la creacion, allí la criatura hu-

Digitized by Google

mana es reina por derecho propio del paisaje, todo lo que ve lo domina fácilmente, todo aquello se ha hecho para su pedestal, nada la humilla ni la descompone, nada la distrae de su arrobamiento y de su éxtasis.—Cuando se ha querido pintar á la Vírgen María con todos los prestigios de su sencilla grandeza, se la ha pintado en el Desierto.

El Desierto, pues, tiene su paisaje; y debe ser un paisaje muy hermoso, porque de no serlo le desamarian los naturales que brotaron en él. Si no fuesen bellos todos los panoramas y todas las tierras, no experimentarian amor patrio más que los habitantes de Suiza, de Astúrias y de las riberas del Rhin. Léjos de esto, los que más suelen amar á su patria son los que la tienen pobre y mal vestida. Hay en ese amor á lo humilde, algo de beneficencia pública.

Doña María alabó á Dios por aquello que estaba presenciando, y los pintores y los

Digitized by Google

fotógrafos se hubieran reido: el paisaje no estaba rimado; era un panorama en versos libres y sin cristal. Un empresario hubiera hecho mal negocio enseñándolo; pero Doña María lo quiso ver varias veces.

Caminaban, caminaban ambas hermanas por aquellos terruños removidos con mal arte y empedregados por abandono, sin que nada las distrajese de su infantil placer, ni ménos las inquietase á la vista de tanta diafanidad. Sin embargo, oyeron ruido como de agua que se precipita, y este ruido traia la direccion de una nube negruzca, que destacaba á modo de cuerdas perpendiculares sobre el confin del horizonte.

—Será (dijo Rosalía) un barranquillo de agua que suele formarse por estos declives cuando llueve allí.

—Corramos á pasarlo ántes de que crezca (opinó Doña María con cordura).

Y las caminantes aceleraron el paso hácia el arroyo, no sin experimentar doloro-

Digitized by Google

sas molestias con lo ingrato del terreno. De repente, y cuando ya casi divisaban el agua, las dos mujeres se pararon en firme. Una y otra sintieron cierta inquietud que á ninguna de ambas pudo ocultarse: habia un hombre tendido boca abajo cerca del arroyo.—«¿Quién será?» (se dijeron simultáneamente para sí). Y reflexionaron.

Aquel hombre podia representar en semejante sitio y en tal postura, cosas muy diferentes. Podia ser un pastor que bebiera agua; pero ni en toda la planicie habia ganados, ni ladraban perros, ni el hombre semejaba la actitud del que bebe en un arroyo con los brazos abiertos y los hombros un poco levantados. ¿Estaria acechando á alguno? Esto era ya bastante grave. ¿Pescaria, por ventura? Esto no era muy natural, atendiendo á que el agua no venia de puntos que permitieran acarrear peces. El hombre no se movia. ¿Era, acaso, víctima de un síncope?

 Des-

Digitized by Google

Despues de meditar algun tiempo, dijo la una á la otra:

—Sigamos hácia él. Si su propósito es contrario á nosotras, huyendo lo pasaríamos peor: si es un desgraciado, el deber nos aconseja socorrerle.

Y las hermanas siguieron, afectando presteza, pero retardando, en realidad, el instante de verse cerca del hombre. Un nuevo indicio las aterró cuando estuvieron inmediatas á él: al lado del cuerpo inmóvil habia un charco encarnado como de sangre roja; y la cabeza del infeliz casi era juguete del agua. Aquel hombre habia sido asesinado allí mismo, aquella propia mañana, tal vez en aquel preciso instante. ¿Por quién? ¿cómo? ¿adónde se ocultaba el asesino?

Para almas fuertes el asunto era de los más árduos: para almas sencillas de mujer, el lance era aterrador y horrible. ¿Se acercarian, en efecto? ¿Huirian dando voces? En el primer caso afrontaban responsabilidad,

Digitized by Google

por absurda que pareciese: en el segundo concitaban las iras del asesino, probablemente oculto cerca de allí. En estas perplejidades se oyó un tiro lejano.

—¿Es un tiro? (exclamó Doña María con sobresalto).

—Parece un cohete (contestó la hermana).

—De todas maneras (se dijeron una á otra), por aquí no se divisa alma con vida; y cohete ó tiro, ello es que nuestra situacion amaga complicaciones crueles. ¿Qué hacemos?

Rosalía, que era la más decidida, se adelantó hasta el hombre, y retrocedió casi instantáneamente cubriéndose la cara.

—María, es un hombre muerto, no cabe duda; el rostro apenas se le ve dentro del agua; es jóven á lo que parece, y juraria que está hinchado.

Estos pormenores inducian á pensar si el punto aquel habria sido teatro de uno de esos dramas feroces en que los criminales

 aho-

Digitized by Google

ahogan primero á un infeliz, y despues le desgarran á puñaladas el corazon.

—¿Qué hacemos? (volvieron á preguntarse.)

La contestacion la dió el espacio. Un tumulto terrible de voces agudas y chillonas, como las que deben brotar de los antros misteriosos, ensordeció y anonadó á las hermanas; quienes apenas distinguian al imponente grupo de figuras andrajosas que las rodearon en un momento.

—¡Brujas ó diablos! (gritó Doña María fuera de sí): ¡os conjuro en nombre de Dios á que nos respeteis!

Y cayó desmayada en brazos de su hermana.

Analicemos la situacion en su horrible verdad.

El hombre estaba relleno de paja. La sangre era de almazarron. El cohete fué un aviso. Los diablos eran chiquillos manchegos.—Se estaba en vísperas de Carnaval.

Digitized by Google

X

Duélenos en el alma que nadie se sonria con los episodios de esta triste y verídica historia. Las gentes que se llaman vulgares tienen la doble desgracia de que sus dolores, con ser los más sentidos, sean los ménos noblemente interpretados.—Si Plutarco hubiese sido tan fiel historiador como nosotros, tal vez la posteridad se burlaria de la vida de Alcibiades.

Repuesta Doña María muy pronto en esta ocasion, porque los sustos son tanto más breves cuanto más falso resulta el fundamento que los ha producido, abandonó

 con

Digitized by Google

con ayuda de su hermana el lugar de la sangrienta burla, y ambas se encaminaron fuera del alcance de los pilletes.

Ninguno de ellos intentó seguirlas, porque les preocupaba la maligna tarea de llevarse el monote á otro punto donde pudieran reproducir el chasco. Sólo un perro de mala facha, pero humilde, se pegó á la falda de las mujeres y comenzó á acompañarlas en su camino de campo-atraviesa. Parecia que el animal intentaba huir tambien de la turba de pelones con quienes vino.

Los perros vagabundos son una especialidad, y no de las ménos interesantes, de la raza canina. Son más que eso: son, á todos los otros animales, lo que los gitanos á los hombres.

No hay, efectivamente, animal alguno que carezca de casa y hogar, más que el perro libertino. Las mismas fieras de los bosques, que son los animales ménos propi-

Digitized by Google

cios á reconocer un dueño, viven en poblacion de fieras, tienen casa de fieras, familia de fieras, ayuntamiento y policía de fieras; en una palabra, civilizacion de fieras. Desafiamos á que se nos cite un solo cuadrúpedo que, libre ó esclavo, deje de tener domicilio conocido. El único es el perro.

El perro se divide en dos castas: la que se conserva unida al hombre, y la que se ha emancipado de la servitud del hombre. A la primera se la conoce muy bien: la segunda está por estudiar todavía.

El perro bribon tiene algo de comun, como dijimos ántes, con el gitano. ¿Dónde nace el gitano, dónde vive, dónde muere? ¿Qué religion profesa el gitano, cuál es su ley administrativa, cuáles su moral y su destino?—En todas partes se le halla con el mismo tipo, con las mismas costumbres, con igual trashumancia, con iguales profesiones de holgazan y ratero. Él no se mete con el hombre; pero no obedece al hombre,

Digitized by Google

explota al hombre, rodea al hombre, y vive emancipado del hombre.

Creemos haber hecho el retrato del perro libre-pensador.

Otra cualidad, aún, aproxima al gitano nómada y al perro pária: ellos allá se entienden entre sí, y hay quien asegura que los une una admirable pero secreta organizacion. Sólo de este modo se concibe que vivan y vivan largos siglos, sin que la raza se haya desmembrado.

El perro que seguia á las hermanas, por ejemplo, era vecino de Madrid y habitante á lo que parece en el Campillo de Manuela; pero pasaba muchas temporadas fuera de la corte, por huir de las persecuciones no siempre constantes de la policía. Al acercarse la primavera, se llegaba por las madrugadas con gran precaucion á los montones de basura donde solia escoger su desayuno; y en cuanto notaba que un lujo inverosímil de morcilla olorosa coincidia

Digitized by Google

con la muerte ó las bascas mortales de algun amigo, tomaba el pendingue por la Ronda hácia el camino de Getafe, donde la vía férrea en construccion le proporcionaba recursos gastronómicos sin peligro. Este perro se hallaba al cabo de la calle sobre la estricnina de los bandos de buen gobierno. Él no pensaba rabiar, y creia inútil someterse al caritativo tratamiento de la administracion.

El ferro-carril habia mejorado extraordinariamente las buenas condiciones de su quinta de verano; que no en balde se encarecen los beneficios universales del progreso. En primer lugar le abrió un camino llano y seguro para su viaje; despues le conservaba en las cunetas los desperdicios de los viajeros pródigos y glotones; por último, la mayor concurrencia de la estacion y sus dependientes, ampliaba la riqueza de Getafe ampliando á la vez los resíduos de la pitanza.

Digitized by Google

El perro conocia muy bien los itinerarios de los trenes y la mayor ventaja de acudir á los unos que á los otros. El de por la mañana era bastante bueno, el de mediodía mediano, el de la tarde excelente; pero sobre todo, los trenes de domingo: aquel dia menudeaban las tortillas con chorizo, las cortezas de jamon y los huesos de gallina. Un domingo con sol claro, equivalia á una viña plantada por otro.

Los dias de trabajo y atmósfera turbia, como éste á que se refiere nuestra historia, no tenia el perro gran interés en acudir á la estacion. Salia tarde de su casa, que, como los gitanos, la habia escogido natural y en una altura fuera del pueblo; echaba una ojeada hácia los viajantes de primera hora para calcular si merecian la pena de ser visitados, y caso de decidirse por la negativa, tomaba el campo-atraviesa en busca de distracciones. Aquella mañana le pareció muy sabrosa la de los muchachos, y esta

Digitized by Google

es tal vez la única torpeza de los perros liberales; pues áun cuando los pilletes les proporcionan con su zahurda y con sus juegos gran diversion y gusto, tales bromas acaban siempre por volverse contra el can, y hacerle víctima de los postres.

Sin duda por esta consideracion y, más que nada, por el olor de las viajeras, el perro abandonó la zambra de los muchachos para seguir el silencio de las mujeres. Una de las habilidades en que estaba más ducho era en el olfato de las personas, y aquellas dos olian á Madrid á legua.

Lo que el perro no podia calcular era el mal efecto que iba produciendo en sus nuevas amigas. Un perro en el campo, que sigue obediente al que no le llama, que anda si ve andar, que se pára si ve pararse, que no dice «esta boca es mia,» y que se va enterando en todas las conversaciones, con desvergüenza parecida á la procacidad, es un perro que trae alguna segunda inten-

 cion,

Digitized by Google

cion, ó que representa algo extraño y digno de precaverse.

—¿Has reparado, hermana (dijo Doña María, interrumpiendo la conversacion de sus hijos que llevaba pendiente), ese perro que nos sigue desde el arroyo y parece como que vigila nuestra marcha?

—Será un perro de labor (contestó Rosalía), que tienen la costumbre de ir al lado de las personas que atraviesan su campo.

—No, hermana, es un perro perdido y sin amo; uno de esos perros que me dan susto.

—Deja que lleguemos á aquel cercado y verás cómo se vuelve.

Las hermanas llegaron al cercado, y el perro siguió con ellas; mas para que no cupiese duda de que la compañía era deliberada, echó esta vez un poco delante, y levantando el hocico se desperezó una miaja, como quien sacude algo que le importuna. En este momento la nube negra se estaba amontonando sobre el horizonte. El perro

Digitized by Google

experimentaba picor, humedad, y deseos de que las señoras apretasen el paso. Prevía un diluvio.

En efecto: las mujeres, que notaron cierta oscuridad, miraron al cielo y se llenaron de zozobra: el agua iba á caer á torrentes, como cae donde no se cria agua.

—¿Queda mucho camino? (preguntó María).

—Queda casi todo (repuso su hermana): ¿no ves que en el arroyo hemos perdido más de media hora?

—Pues preciso será que nos guarezcamos en alguna parte; porque esa nube trae agua en seguida, y lo peor será que traiga truenos y rayos.

En aquel instante sonó un ruido sobre las cabezas de las viajeras, como cuando arrastran muebles en el piso segundo. Un relampaguillo insignificante culebreó por la atmósfera. Las dos se santiguaron, y, sin ponerse de acuerdo, aceleraron la marcha.

Digitized by Google

El perro se sentó sobre las patas y se rascó una oreja.

—¿No ves? Rosalía; parece que este perro nos habla.

—Y ¿qué puede decirnos? ¡Como no sea que está su casa por aquí y que podemos llegar á ella!... Pero por aquí, María, no hay ninguna casa.

—Con eso que nos dijera tendríamos bastante. Supon que no haya casa y conozca el perro una choza.

El perro, que oyó decir varias veces «perro,» comprendió que se ocupaban de él, y volvió la cara con repeticion, permitiéndose algun amago de fiesta. Era perro mal criado, aunque de buen fondo, y no sabia hacer cumplidos ni zalamerías. Ya se ve; ¡educado en la calle!...

Algunas gotas del tamaño de reales de plata azotaron el rostro de las viajeras. El perro echó á correr y se subió á un altillo: desde allí volvió la cara á las mujeres, se

Digitized by Google

rascó de nuevo, y repitió segunda vez la carantoña de su anterior saludo. No cabia duda: el perro conocia un agujero, y los hilos de agua que comenzaban á descender, tiesos y uniformes como pelos de cepillo, aconsejaron á las hermanas seguir las indicaciones del guía. Subieron á la eminencia, y efectivamente, á la falda de ella habia una covacha capaz para tres ó cuatro personas. Metiéronse con precipitacion allí, porque el agua batia con gran furia, y el perro, como esclavo sumiso, se colocó á distancia respetuosa, despues de husmear una nube de plumillas que las mujeres habian arrojado fuera de la cueva al sentarse en el suelo.

—¿Sera ésta (dijo doña María) la casa del perro? ¿No ves que estaba llena de plumas de ave?

—Es posible (contestó la hermana); pero dudo que ningun perro se recoja de noche ni de dia en este despoblado. Además, aquí

Digitized by Google

no huele á perro, hermana, y ese olor no se confunde con otro.

—Tienes razon, Rosalía: ¡lo que vale haber viajado y conocer el mundo!

El perro volvió á entender que se ocupaban de su persona, y dió las gracias. Era un perro fino.

Otro relámpago, ya más claro, indicó que la tormenta se formalizaba en grande: el trueno que le siguió no se parecia ya al ruido de muebles que se arrastran, sino á descargas de fusiles que granean por lo alto.—«¡Jesús! ¡Jesús!! ¡Jesús!!!»—Fué la exclamacion de aquellas pobres mujeres. El perro habia sido su salvador.

Esta idea unánime condujo, como por la mano, á las hermanas á meditar sobre los perros. Ellas no eran nada supersticiosas; pero habian oido decir á personas formales, que á veces llevaban estos brutos las almas de ciertos malhechores, que purgaban así sus crímenes en la tierra. Otras gentes de

 bue-

Digitized by Google

buena moral eran de parecer que el perro entiende como nosotros; y que si no se halla á nuestra altura en algunas facultades, puesto que nos excede en vista, en olfato, en instinto y en ligereza, es porque conduce el espíritu de un demonio, á quien Dios castiga en esta forma. Por fin: las historias están llenas de bandidos que se servian de perros para cometer sus asesinatos y sus robos: la rabia misma es una prueba del furor interno que los devora; sus dientes no mascan, sino que desgarran cuanto encuentran; y, por último, el portero del infierno es un perro con tres cabezas, es decir, tres perros en uno.

Aquel miserable animal que se les habia pegado sin motivo, pues que ni pan habian tenido que echarle, lo mismo podia representar un bien visible que un mal oculto. Los perros del Monte de San Bernardo atraen á los viajeros para que se salven, es verdad; pero por la misma teoría hay criminales que

Digitized by Google

se sirven de perros para atraer á sus víctimas. No olvidemos, señores, la frase vulgar que dice:—«Alma de perro.»

Todo esto y mucho más pensaban las hermanas dentro de aquella cueva estrechísima, cuya abertura estaba tapada por un perro de mal cariz y de una sola cabeza, pero no chica.

Así reflexionando, se oyó un quejido en el interior de la cueva, como de algo animado que se revuelve. Ambas hermanas se movieron con ímpetu, y un ruido sordo las acabó de persuadir de que no estaban solas. El perro sintió esto mismo, y parecia que se alegraba.

—Te lo repito, Rosalía (dijo la mayor de las mujeres): este perro no me gusta. Nos hallamos en una caverna sospechosa: ahí dentro hay algo ó álguien. Huyamos, hermana, huyamos. El agua no hace más que mojar.

Aunque Rosalía era valiente, hasta cierto

Digitized by Google

punto, el punto aquel traspasaba los límites de su valor. Cogió de la mano á María, y se dispusieron á salir; pero en el instante, un trueno espantoso, precedido, seguido y acompañado de un verdadero manojo de exhalaciones, las replegó al suelo de la cueva.

—Estamos (murmuró María con abandono cruel) entre las inclemencias del cielo y los horrores de la tierra. ¿Que habré hecho yo en el mundo, ¡Dios mio! para que así me trate vuestra justicia?

El perro miraba á las mujeres, y se relamia el hocico. Habia en él algo de crueldad satánica.

Rosalía creyó conveniente tranquilizar á su hermana lo posible, áun cuando ella estaba muy léjos de juzgarse tranquila.

—No te apures, mujer (replicó): todo voy á explicártelo. En estos agujeros profundos de las cuevas, suelen guarecerse algunos reptiles, sobre todo, cuando amaga tempes-

 tad;

Digitized by Google

tad; habrá alguno allá, en lo más hondo; ha silbado; el perro lo olfatea para devorarlo si se atreve á salir, y eso es todo.

—¡Vírgen santa! (gritó María). ¡Con que estamos en la madriguera de una serpiente!

Un silbido, ya bien perceptible, se dejó oir entónces dentro de la cueva, y no allá en lo profundo, como opinaba Rosalía, sino cerca, muy cerca, casi detrás de las atribuladas mujeres. Éstas dieron en el instante un gran grito, y se movieron con violencia suma sobre sus propios cuerpos para levantarse, hasta rozar y hacerse daño contra las paredes; con ocasion de cuyo indiscreto rebullicio apartaron sus cabezas, por entre las cuales pasó rozando un objeto negruzco, una cosa deforme y alada, mezcla de pez y lodo, centella ó rayo del averno, ¿qué sabian ellas qué?, á cuyo roce casi perdieron la vista de los ojos.

—¡Jesús! ¡Jesús!! ¡Jesús!!!

Y entónces, desafiando la insistencia de

Digitized by Google

la lluvia, el rugido de los truenos y las probabilidades del rayo celeste, que al fin era rayo de la luz y no de las tinieblas, se lanzaron al campo, no sin que el perro intentase, al parecer, impedirlo.

El fango de la sembradura, el pedregal escueto con el agua, y la multitud de chorros que les dirigian las nubes sobre cuerpo y vestidos, dificultaban por extremo su andar; pero no fué esto lo peor, sino que cuando se creian ya salvadas del peligro ignoto, en medio de los elementos desencadenados, un tercer silbido, penetrante más que los anteriores, y lanzado cara á cara frente á ellas, las consternó, las aterrorizó, las asesinó. Aquel grito salió de una sombra: la sombra semejaba á un hombre; pero no á un hombre muerto é inerme como el que divisaron ántes cerca del arroyo, sino vivo y muy vivo, que venia sobre ellas en ademan de acometer sin contemplaciones ni preliminares ningunos.

Digitized by Google

Doña María se puso delante de su hermana, como aquella otra tarde se puso delante de las yeguas del coche en el Prado de Madrid, y con voz entera exclamó, saliendo al encuentro del aparecido:

—¡Buen hombre! ¿Qué quiere usted de nosotras?

En el momento el perro comenzó á aullar lastimosamente, tomando un escape léjos del hombre, cual si le asustara, no ya su presencia, sino su voz; rasgo de amedrentamiento, que corroboraba más y más peligro de aquellas criaturas.

El hombre se paró, á pesar de su carrera agresora, y, encarándose con María, preguntó con acento terrible:

—¿De quién es ese perro?

—No lo sabemos (contestaron á una voz las mujeres).

—¡Tunante!... ¡como te coja (repuso el hombre) te hago una tortilla á estacazos!

Esta actitud del campesino hácia el per-

Digitized by Google

ro, tranquilizó bastante á las hermanas.

—Pues ¿qué sucede? (dijo María).

—No es cosa (murmuró el iracundo gañan con la estaca enhiesta). El otro dia hice yo el puesto de la perdiz en esa cueva, porque aquí hay algunas; y como comenzaran las nubes á desgajarse cual pongo por caso ahora, ni pude cazar, ni quise llevarme el pájaro; que la alhaja se hubiera muerto en el camino. Pero ese tuno de perro me dió las vueltas y rompió la jaula y se comió el perdigon, que mejor no lo habia en Getafe y valia cerca de media onza. Desde entónces me huye; ¡y si lo cojo!...

El hombre partió á escape tras del animal.

Ya se ve; el perro se figuraba que siempre que llovia y se ocultaba álguien en aquella cueva, por la noche se podia cenar una perdiz.

Digitized by Google

XI

El que dice que los sueños son mentira, no dice más que una media verdad. Los sueños son mentira con relacion á la cosa que se sueña, pero no lo son nunca con respecto al orígen de la cosa.—Cuando soñamos que nos hemos dado un golpe terrible, es porque nos hemos dado un golpe efectivamente, ó porque nuestros nervios sacudiéndose han simulado la sensacion del golpe; cuando soñamos un viaje á América ú otro país tropical y experimentamos las angustias del calor que derrite nuestro cerebro, es que las ropas de la cama se nos han

Digitized by Google

amontonado en la cabeza y nos producen un sudor tórrido con amagos de asfixia; cuando soñamos, y esto ya pertenece á otro órden de ideas, que nos ha tocado la lotería, es que tenemos mucha necesidad de dinero: siempre que soñamos terrores ó venturas, sufrimientos ó placeres, esperanzas ó desengaños, es que hay dentro de nosotros mismos un foco físico ó moral dispuesto á producirlos.

Existe, por consiguiente, un estado semi-espiritual, semi-corpóreo, mezcla de dolencia y locura, de vida y muerte, de embrutecimiento y lucidez, á cuyo influjo permanecemos entregados más ó ménos tiempo, sin ser lo que hemos sido hasta entónces, ni lo que hemos de seguir siendo en adelante. El ensueño es un paréntesis nebuloso de la existencia humana.

Durante ese paréntesis, acaecen entre las partes brutas de nuestro físico, fenómenos y rarezas casi tan extravagantes como las

Digitized by Google

de nuestro moral. Los nervios, encargados de entenderse con el cuerpo, se acuestan con nosotros de la propia manera que los que se entienden con el alma; pero duermen ó no, segun los caprichos de la atmósfera, del alimento último que comimos, ó de la escena impresionable que más recientemente hemos presenciado. Entónces se establece la lucha: unos nervios se deciden por dormir y los otros por velar. Velan, por ejemplo, los de la imaginacion y duermen los del tacto: aquí el pobre soñante sufre la burla de que todo lo que va á agarrar se le caiga de las manos, y de que vea cerca de sí montones de dinero sin poder coger ni una sola moneda. Duermen los de la voz, y en medio de los mayores peligros no puede gritar; duermen los del movimiento, y le persigue un toro y no puede correr; duermen los de la vista, y por más que abre sus ojos desmesuradamente no ve ni una gota. Por el contrario, velan los del cuerpo y

Digitized by Google

duermen los del alma: entónces corre sin saber por dónde hasta caer en un precipicio, ó grita sin razon ni pretexto hasta ponerse ronco, ó ve visiones y luces raras de que no se da cuenta, ó manotea sin concierto ni medida hasta arrojar las ropas al suelo, si él mismo no se arroja y recupera sus facultades con la intemperie ó por el golpe.

Existe, pues, íbamos diciendo, un estado absurdo y casi insensato, pero no por esto ménos positivo y evidente, en que la criatura humana semeja á los locos y á los tontos y á los difuntos, sin haber perdido ni la razon, ni la cordura, ni la vida; y este estado que durante el ensueño aparece en todo su desarrollo, se muestra tambien durante la velada, aunque en ménos proporciones, siempre que motivos análogos á los del dormir, concurren y se conciertan en el velar. Puede soñarse de dia como de noche, en la cama como en la calle, entre el ruido como

Digitized by Google

entre el silencio, solos ó acompañados, cuando quiera que las causas del desequilibrio de los nervios jueguen con nuestro cuerpo y nuestra alma al horrible juego de la pesadilla.

La pobre mujer, cuya historia vamos relatando, era presa á la sazon de uno de esos juegos crueles. Sus nervios, dormian los unos y velaban los otros en la proporcion bastante para producir un ensueño desvelado. No podia andar, no sentia los chorros de agua que le bajaban por el cuello, no oia, no veia, no hablaba: sólo estaban vigilantes en su débil naturaleza los nervios del discurso, los de la memoria local y los que predisponen al terror.

—«¡Qué sucederá ahora mismo en mi casa! (pensaba para sí, juzgándose dormida y soñando). ¡Ya lo tenia yo previsto otras veces! Al niño lo han atropellado, á la niña la han sorprendido, las muchachas han pegado fuego, mi marido se ha puesto

Digitized by Google

malo... ¿qué sé yo!, todo lo que ocurre en las casas cuando la dueña se vuelve loca. ¿A qué inventaria yo este viaje de recreo? ¿No sabia muy bien que los contrastes felices y los desgraciados son la regla perpétua de la vida?»

Despues se paraba un momento, meditaba como queriendo desechar adversas imaginaciones, y volvia á decirse:

—«Pero, no. Por lo mismo que los contrastes son comunes en la vida, por lo mismo no debe suceder nada malo en mi casa. Pues qué, ¿me estoy yo divirtiendo? ¿No he venido á desempeñar una mision sagrada, y veo desplomarse sobre mí todos los contratiempos de la fatalidad? Gracias, Dios mio, si yo soy sola quien padece, y esto libra á los otros de pesares que yo evitaria á costa de mi propia existencia.»

Consolábase, pues, Doña María con las razones naturales de un juicio recto, si bien algo sobrexcitado; pero toda la lucidez del

 dis-

Digitized by Google

discurso se embotaba contra la falta casi absoluta de fuerzas físicas.

—No puedo continuar (dijo á su hermana). Mi cuerpo prefiere morir aquí entre el lodo, á dar un paso más. Adelántate tú, si puedes, á aquella casa que se descubre á la izquierda, y pide, por Dios, un carro ó una caballería.

La hermana no tuvo que contestar, porque, efectivamente, de aquella casa ó choza que se divisaba á lo léjos, salian en el mismo instante dos cosas ó personas ó bestias, desafiando al parecer lluvias y lodos. Era la una mucho más alta que la otra, y á la vez la de mayor altura era más delgada que la pequeña; no de otro modo que esas dos palmeras solitarias que suelen hallarse en algunos huertos, cuya pequeñez y amplitud de la hembra, proporciona visualidad y elegancia á la altitud enflaquecida del macho.

Cuando pudieron distinguirse bien ambos

Digitized by Google

objetos, que visiblemente caminaban en direccion diagonal al encuentro de las viajeras, las dos hermanas, ó mejor dicho, Rosalía, que era la más tranquila, pudo observar que eran dos hombres montados en asno y caballo los que cortaban el barbecho hácia aquel punto. El asno era pequeño, y el del asno era á su vez rechoncho y pequeñejo casi como la bestia. Montaba al modo de las mujeres, con la pierna derecha sobre el borde delantero de la jáquima, y la izquierda colgando á poca distancia del suelo. El del caballo, repetimos, era extremadamente alto, enjuto de carnes, derecho como uso sobre la silla acorazada de picador, firme en los estribos como seguro jinete, y apuesto de talante y de forma, cual hidalgo caballero de otras edades.

En lo único que no cabia duda, á la simple vista de aquellos hombres, era en que su mision debia ser pacífica, y en que su traje ostentaba cierto abigarramiento desusado.

Digitized by Google

Calzas azules y zapatos blancos con alguna injuria negruzca, cubrian las piernas del del jumento; una especie de anguarina parda, sujeta á la cintura por una correa lustrosa como los zapatos, formaba su vestimenta casi total; pues ó su cabeza acababa en punta, ó una montera manchega, mucho más reducida que la cara, constituia el remate de aquella figura, grotesca, como se ve, pero humana y racional hasta cierto punto.

No lo era así la del caballero. Su flaco rocin, del que él parecia prolongacion espontánea, estaba acaparazado con mezcla de montura militar y arreos cordobeses de contrabandista; estribos vaqueros sepultaban unas botas férreas y brillantes; túnico ceniciento, con ribetes aterciopelados de grana, envolvia la forma de cañon-culebrina que se posaba en el comedio del bruto; una gola amarillenta, tirando á verde, embarazaba el cuello y rostro del hombre singular;

Digitized by Google

por último, sobre su cabeza brillaba un plato de cobre desmochado, y en su mano traia una especie de planton ó renuevo de álamo blanco, á cuyo remate superior prestaba adorno un chuzo de sereno. Hombre y caballo, cuyas angulosidades, estiramientos y delgadeces eran armónicas, parecian vaciados en el molde del ridículo más carnavalesco.

Cuando ambas á cuatro figuras, criado y dueño, asno y rocin, se hallaron á tiro de palabra sobre las mujeres, Doña María, en vez de experimentar susto, sintió á modo de confianza en su turbado espíritu; y volviéndose á su hermana, exclamó con la mayor naturalidad:

—¿Sabes, Rosalía, que yo he leido á estos hombres en alguna parte?

La buena mujer trocaba y confundia las percepciones de los sentidos, como las truecan y confunden los que dicen que les sabe un manjar á lo que les huele otro.

Digitized by Google

En efecto: Doña María habia oido leer á aquellos hombres durante las veladas de algun invierno.

Al llegar á tiro de palabra, decíamos, paróse en firme el rocin; detúvose el asno á respetuosa distancia, y embrazando el caballero su árbol con la ligereza de un picador de toros, hizo hincapié en los estribos, adelantó el cuerpo con rígida solemnidad, y gritó en descomunales voces de esta manera:

—¡Oh, vosotras, quien quiera que seais, mujeres, damas ó encantadas princesas! Haced alto en vuestro camino y en vuestras cuitas, si por acaso los teneis uno y otras, que á decir verdad ni lo creo ni lo dudo: haced alto y referidme lo que os acontezca y apene en este sendero extraviado, en semejante dia y con tan cruda intemperie recorrido por vuestras débiles plantas. Yo soy el caballero de Alcázar de San Juan, legítimo y directo descendiente de aquel tal de Saavedra bautizado en la iglesia de Santa

Digitized by Google

María, á quien deben de luengos años amparo los débiles, castigo los soberbios, socorro los caminantes, libertad los oprimidos, enaltecimiento y honra las damas; que todo esto y mucho más dejó escrito en su escudo el nunca bien ensalzado fundador de mi dinastía de caballeros. Salgo y recorro, en menguadas épocas como la presente, senderos y caminos extraviados, en busca de defensas que obrar, iniquidades que repeler y fantasmas que destruir; peleo contra los elementos, contra los reptiles y contra los muchachos, plagas insoportables de nuestro hermoso suelo de la Mancha: si por acaso, pues, bellas princesas, os persiguiese alguna, y esfuerzo y brazo necesitárais para confundirla, hablad y vuestra querella será escuchada, vuestra justicia esclarecida y vuestro servicio satisfecho. ¡No ha de decirse de mí que me confundo en la molicie de mi desahogada posicion y nobilísimo linaje!

Digitized by Google

Dijo el caballero, y las mujeres quedaron absortas ante su desembarazada y extravagante taravilla.

—¡Rosalía de mi alma! (exclamó Doña María á media voz): me parece que nos las habemos con un loco, y quizá de los furiosos.

—No, hermana (contestó la otra con la misma reserva): estamos en Carnaval, y son máscaras, sin duda, que por aquí dan en la manía de fingir historias.

—Para máscaras les falta precisamente lo principal (añadió la primera), que es tener el rostro tapado y la voz fingida: además, este hombre habla como los libros de los locos, y yo me acuerdo que, por hacer favor, suelen los tales caballeros dar cada susto á las mujeres, que ya...

—Tranquilízate, María, y sigámosle la locura, si la tiene: ¿no ves que el criado se sonrie y nos guiña un ojo, á la manera de quien quiere tranquilizarnos? Contéstale tú,

Digitized by Google

que sabrás hacerlo mejor que yo, mientras con disimulo me acerco al criado y le interrogo.

Efectivamente; el manchego menudo, que á mujeriegas montaba el asno, se habia guarecido tras el rocin de su dueño, desde donde con socarrona sonrisa expresaba á modo de quien quisiera decir:—«Yo no tengo nada que ver en este asunto; soy un hombre pagado que se gana la vida sirviendo al loco.»

Rosalía se acercó á él, mientras la hermana mayor contestaba al caballero, y supo prontamente que el de Alcázar de San Juan era un hidalgo de estos dias, metido en lecturas y sacado de carnes, algo caliente de sesera cuanto frio de meollo, el cual habia dedicado sus vigilias de solteron á buscar genealógico entronque por los libros de la parroquia de Santa María, con un tal de Saavedra (Miguel Servando), nacido al mediar el siglo XVI, en Alcázar, y especie de Con-

Digitized by Google

fucio, Mahoma ó cosa mayor, segun él, de las más sábias leyes de la caballería castellana. Hízose desde luego su pariente directo, puso litigio á la ciudad de Alcalá y otras cinco villas contra el pretendido orígen del gran númen, pues anhelaba resucitar la antigua querella sobre la cuna de Homero; pero ni el alcalde de Alcalá, ni el pedáneo de Argamasilla, ni otro ninguno de los demandados concurrieron al juicio, por cuya falta de atencion colegía que los tiempos presentes eran rematadamente malos, y habia llegado la hora de redimirlos. Compró un rocin, alquiló por temporada al campanero de la parroquia, entonador del órgano, y con ayuda del jumento que montaba el declarante, á más de los guiñapos que á uno y á otro adornaban en aquella guisa de amo y escudero, salíase en épocas del año (singularmente en la de Carnestolendas) á cometer todas las hazañas de que en su discurso dió cuenta á las mujeres; en

Digitized by Google

cuya correría, respetado de algunos, silbado de muchos y perseguido siempre de pilletes de aldea, pasaba algunas semanas, hasta que la justicia ó sus deudos le reducian de nuevo á la tarea investigadora de los archivos de la iglesia. Por lo demás, el hombre era de excelente corazon, muy caritativo para con los pobres, enérgico en demasía con los malvados, valiente hasta la temeridad, y sufrido hasta la resignacion del mártir. Se pasaban en su compañía algunos malos ratos, esto era cierto; pero así y todo, ganábase más á su servicio que entonando el órgano de la parroquia ó doblando por los difuntos; lo cual explicaba la paciente adhesion del mozo panzudo. Una sola cosa se le hacia á éste intolerable por lo difícil, y era el no poder hablar dos palabras delante de su amo, sin intercalarlas con un refran añejo, para ayuda de cuya ímproba tarea habíale dotado éste de un diccionario de ellos sacado de Torres Villarroel y otros

Digitized by Google

refrancistas; diccionario que llevaba contínuamente en la mano, y metíase á puñadas dentro de la memoria. En resolucion: todo iba bien allí, á ménos de que le llevaran la contraria á su amo, en cuyo punto salian los títeres á rodar, y la locura tranquila trocábase en furiosa.—Tal fué la relacion del escudero.

Doña María, mientras tanto, que con más ó ménos voluntad habia satisfecho las preguntas del interpelante, oyó de los labios de éste palabras cariñosas y conmiserativas hasta el extremo; por lo cual, informada en sumarios apartes de Rosalía sobre la verdadera situacion de las cosas, echó al olvido todo temor, y dió rienda suelta á la esperanza de una aventura ménos molesta que las anteriores.

—Informado, pues, que ya estoy, ¡oh, damas de adversa fortuna! (dijo solemnemente el caballero), de las cuitas que os circundan y de las ánsias que os acongojan,

Digitized by Google

resuelvo, en nombre del deber de patrocinio que tengo jurado, cedéroos ambas cabalgaduras, la mia y la del villano que me sirve, para que sobre ellas hagais la travesía un tanto penosa que desde aquí os separa de la aldea de Pinto; que amo y criado os servirán de escolta por estas breñas, en fiero alarde de batallador escudo, para terror de follones á quienes pudiera ponerse en mientes el propósito de atropellaros.

Doña María y su hermana se miraron con cierto asombro, advertido el cual por el caballero, le movió á añadir:

—Persuádelas tú, villano, y líbralas del funesto escollo de contradecirme.

El criado consultó su lista, y dijo:

—De pechos hidalgos es mostrarse agradecidos, que más vale migaja de labrador que torta de logrero, y así un calvo se empeñase en rizar su coleta, como vosotras querríais empeñaros en desatender las insinuaciones de mi señor; que si á Vargas le

 pu-

Digitized by Google

pusieron Machuca, á mi amo han de llamarle los futuros Machaca.

—Bien, bien, Maese Campanil (interrumpió el caballero); veo que progresas en tu oficio, y has de ser, si algun dia se relata nuestra historia, regocijo de pecheros y admiracion de hidalgos. Descuélgate del jumento y ayúdame á bajar del Pegaso, para que ambos acomodemos á estas damas, trabajadas por la intemperie, y un si es no es percutidas por el barrizal.

Diciendo cuyas palabras se ejecutó el mandato, no sin que las mujeres se admirasen de verse enhiestas sobre las dos discordes cabalgaduras; escena, despues de todo, más cómoda que risible, mientras atravesasen campo solitario. Doña María no habia sido jamás caballera, y se necesitaba toda la parsimonia del rocin y todo el fatigoso desfallecimiento de la pobre mujer, para que se resignase, como se resignó, á dejar caer su cuerpo sobre la silla.

Digitized by Google

Bien pronto la suavidad de la marcha de las bestias y el contínuo cuidado de los peatones, infundieron confianza en las hermanas, quienes iban muy ganosas de auxilio extraño; y casi se alegraron de aquel encuentro, que por primera vez podia llamarse *fortuna loca*, cuando la triste realidad vino á sacarlas de su ilusoria equivocacion.

Las casas del lugar comenzaban á caerse sobre los ojos de los caminantes, cuando comenzaron á caerse tambien sus ilusiones de ventura. Toda la pillería del pueblo, que huyendo del crepúsculo abandonaba el campo de sus hazañas carnavalescas, se habia refugiado en el cerrete del cementerio, desde donde con algazara indescriptible se oyeron al unísono estas voces chillonas y destempladas:

—¡El loco! ¡el loco!!... ¡El loco con dos mujeres!

Renunciamos á pintar una escena que ni

Digitized by Google

el pincel ni la pluma pueden reproducir con sus solos recursos. El grito de los muchachos, su abalance hácia el grupo, el susto de las mujeres, su accion de quererse arrojar; el salto del caballero, su apostura instantánea en actitud de ataque; la perplejidad primero del mozo, su presteza despues en impedir que las hermanas excitaran con su huida la cólera de su amo, todo esto, rápido como la palabra y agrupado en un solo haz como puede hacerlo el pensamiento, trasformó la escena de bíblica en grotesca, de muda en alborotada, de pacífica en alarmante. El caballero, álamo en ristre y vomitando centellas por los ojos, retaba á los muchachos; las mujeres pedian indulgencia y paz á los unos y á los otros; los granujas, frenéticos de la fortuna loca que se les entraba por las puertas, se echaron al barro sin piedad, y comenzaron á cubrir la atmósfera de pelotes negros, que solian acertar á los rostros y trajes de los sitiados.

Digitized by Google

La lucha de voces y de proyectiles era tan abigarrada como lastimosa. Sin embargo, no hay poder en caballero alguno capaz de resistir á las hordas salvajes que no discuten: los retos eran acogidos con carcajadas, las intimaciones se contestaban á silbidos, las vías de hecho se estrellaban contra las pelladas de lodo y basura que en profusion creciente dirigian aquellos desalmados: ¿qué hacer? (pensó el caballero impotente). Resignarse, resolvió, á la primera descarga, salvar el precioso depósito que el destino le habia confiado, y castigar despues, como se merecia, tan villana y escandalosa agresion.

Recogióse, pues, en su lanza con el brazo derecho, asió con la siniestra mano las bridas de su rocin, dirigiendo á Doña María una imperativa órden de que permaneciese agarrada al caparazon del bruto; y dando consigna semejante á Maese Campanil para que hiciese lo propio con Rosalía, emprendieron amo y escudero el camino de la al-

 dea,

Digitized by Google

dea, sin cuidarse de voces ni de pelladas.

Los muchachos entónces, que comprendieron todo el alcance de su triunfo, se formaron en dos alas á cierta distancia de las cabalgaduras, y figurando procesion de azotes ó cosa tal, marcaban el paso, tocaban marcha y pregonaban el delito de los reos, como si se tratase de emplumar brujas en siglos bárbaros.

Las gentes del lugar corrian presurosas al encuentro de aquella cencerrada gratuita; asomábanse candiles á los balcones, atizábanse hogueras para mejor solemnizar el páso del convoy; y tronchos, relinchos, carcajadas, bestiales burlas, almireces batidos con mano de metal, sartenes repiqueteadas con tenazas, cencerros y esquilas sacudidos por brazos locos; una zambra, en fin, como sólo puede concebirse en noche que se casara un viudo sexagenario con una viuda de dos maridos; tal fué el recibimiento improvisado, pero ostentoso, que la fatalidad

Digitized by Google

preparó á la pobre Doña María en su suspirada villa de Pinto.

Si el alcalde del pueblo y los alguaciles no toman parte prontamente en la gresca, las infelices mujeres son víctimas del regocijo popular.—Doblemos la hoja.

Digitized by Google

XII

A las oficinas de la Empresa Metalúrgica habia llegado para Don Gabriel un parte telegráfico horrible. Su esposa estaba perniquebrada en Getafe. No podia, por consiguiente, continuar su camino. Llamaba á su esposo, ¡ella, tan prudente! No habia remedio; la infeliz María era cadáver, ó poco ménos.

Un agente de cambios, que ignoraba todo lo que podia ocurrir casa del jefe, gritó mientras tomaba unas letras:

—Descarrilamiento en el ferro-carril de Aranjuez. Acciones por los suelos. Muchas des-

Digitized by Google

desgracias. Línea interceptada. Camino destruido. Tres y medio por ciento de baja en una hora.

A Don Gabriel se le erizaron los cabellos. Un dependiente quiso tapar la boca al de la noticia. Este exclamó:

—Perdonen ustedes, señores: quizá será falsa.

Y echó á correr por las escaleras abajo. Don Gabriel quiso detenerle con voz de trueno; pero el agente se desvaneció como el humo.

El hombre, por fuerte que sea, tiene momentos en que se anonada, y Don Gabriel temió anonadarse. Pero el hombre, por débil que sea, es fuerte cuando ama, y Don Gabriel amaba demasiado para incurrir en el crímen de la debilidad.

Tomó el sombrero maquinalmente, sin hablar palabra, y se lanzó á la calle. Su primer impulso fué dirigirse á la estacion del camino de hierro; pero allí le dirian la

Digitized by Google

verdad, y esto era cruel. Sin embargo, marchó en aquella direccion, porque la verdad se teme, pero se busca.

En el ferro-carril no habia anuncio del suceso, como de costumbre. Preguntando y preguntando á todos los de galon en gorra, llegó á saber, mal y de mala manera, lo siguiente:

Que no habia ocurrido nada de particular. Que los muertos eran un hombre y dos mujeres. Que en esto último no habia seguridad absoluta, porque podian ser dos mujeres ó dos bestias, mediante á que el telegrama venia sincopado, como siempre, y se referia á dos femeninas. Que el suceso habia ocurrido en Pinto y no en Getafe; por lo cual, si en Getafe existia una mujer perniquebrada, no era de ello responsable la empresa, y sí la mujer misma por ser temeraria ó torpe. En fin, que los trenes estaban suspendidos, y que no era posible poner uno especial ni llegarse de ninguna

 ma-

Digitized by Google

manera al sitio del siniestro, para donde ya habia salido hacia rato el ingeniero jefe de la línea en la máquina Piloto.

Don Gabriel voló instantáneamente á casa de un alquilador de coches de camino.

—¿Puede usted llevarme en este momento á Getafe? (le preguntó).

—En este momento no, porque estoy aquí acostado.

—¿Y lo más pronto posible?

—Lo más pronto posible sí.

—¿Cuánto tiempo tardaremos?

—Pero ¿por qué no se va usted en el ferro-carril (dijo el hombre) y le sale á usted más barato?

—Eso es cuenta mia (replicó Don Gabriel).

—Pues tardaremos dos horas.

—Corriente: son las tres; á las cinco estaremos allí.

—No, señor, que yo necesito media hora para dar un pienso al ganado y enganchar.

 —Cuen-

Digitized by Google

—Cuento, entónces, con que está el carruaje listo para las tres y media.

—Sí, señor.

—¿Cuánto voy á pagar?

—Veinticinco duros.

—¿Está usted loco?

—El que está loco es usted, que aguarda á viajar por la carretera cuando se abre un ferro-carril. ¡Si ya lo decia yo! estos caminitos modernos van á dar más chascos...

—Dentro de media hora estoy aquí.

—¿Quiere usted dejarme alguna señal?

Don Gabriel arrojó en las manos del hombre dos monedas de cinco duros, y partió.

Fuése derecho casa de su médico, que estaba en cama constipado. Allí tomó las señas de otro, que estaba fuera. Por último, en una botica de la calle de Atocha, cuando faltaban sólo seis minutos para las tres y media, se encontró un cirujano que estaba dispuesto á ir mañana, no hoy, que aguar-

Digitized by Google

daba el alumbramiento de una cliente muy fastidiosa.

Don Gabriel, desesperado, se dijo para sí:—«En Getafe habrá médicos;»—y partió. Eran las cuatro menos cuarto; pues aunque el mayoral estuvo listo contra la costumbre, á la mula delantera se le enganchó un cordelejo, y esto les detuvo bastante rato.

Dejemos caminar á Don Gabriel con la zozobra y los temores que infunde la ignorancia; no sin advertir, de paso, que al marchar de su casa para la oficina dejó dicho á Gabriela que vendria temprano á comer, para que juntos con Marianillo diesen un paseo en las cercanías del ferro-carril.

Las hermanas llegaron á su casa en la más lastimosa situacion de alma y de cuerpo. El fango y la humedad de las pisadas, se les confundia en la cintura con el fango y la humedad de los pelotones que recibieron en la refriega. Cinco minutos más de

 cen-

Digitized by Google

cencerrada, y ambas hubieran muerto de rubor y de angustia. Bien es verdad que las desdichas duraron casi toda la tarde; pues entre los episodios principales que hemos descrito, y otros de segundo órden que la brevedad nos ha aconsejado omitir, tales como el de que se perdieron ántes de tropezar con el loco, y por poquito tuercen hácia Torrejon de Velasco, si no es por un matutero que les vendió la nocion del camino á cambio del secreto de la carne que se disponia á llevar á Madrid; entre tantos episodios, decíamos, anduvieron una jornada muy completa.

El cuerpo, pues, estaba molido; pero el alma no hay expresiones bastante propias para describirla. Y por si algo faltaba para su tortura, al llegar á su casa vieron las mujeres que ni el ciego ni Perico estaban allí.

Hijo y padre, á quienes naturalmente se habia hecho muy larga la espera en la estacion, desde que Rosalía creyó oportuno

Digitized by Google

tomar el tren ascendente para Getafe, quedaron confundidos al observar que en el tren descendente de Madrid no venian las hermanas. ¿Qué pudo ser aquello? ¿Cómo explicarse tan singular anomalía?—De una sola manera: á María debió ocurrirle algo en el pueblo, y ese algo era tan grave, que Rosalía no pudo arrancarla de él, y permaneció á su lado. Feliz fué la inspiracion de la hermana en correr al encuentro de su hermana; pero triste y sin ventura podia ser la situacion actual de una y otra.

Padre é hijo decidieron, en consecuencia, tomar la vía férrea adelante, en direccion del pueblo; pues áun en el caso de que la ausencia se explicara por motivos ménos dolorosos que los verosímiles, siempre llegarian á Getafe con mucha anticipacion á la salida del último tren que podia traerlos á todos. Si, por desgracia, el accidente era grave, allí estarian ellos para ayudar y consolar á la que fuera menester.

Digitized by Google

Las hermanas, sin embargo, añadieron instantáneamente á su propia pena, los peligros del ciego y del muchacho. ¿Dónde les cogeria la tempestad? ¿Adónde habrian podido guarecerse? ¿No es cierto que los metales atraen las exhalaciones, y que es muy peligroso andar cerca de barras cuando truena la atmósfera?

Rosalía no pensó, por el pronto, más que en secar y vestir de nuevo á su hermana. Arrimó una carga de lumbre á la chimenea, sahumó sus mejores ropas, y procuró que María se asease y revistiese con la mayor prontitud y menores molestias posibles. Ésta habia perdido, al parecer, las facultades del sentimiento agudo; porque hay un borde en el cáliz de la amargura, que una vez colmado no admite ni siquiera una gota.

Tres veces habian hecho las criadas el arroz, y tres veces se habia puesto como una piedra. La comida toda estaba echada

Digitized by Google

á perder. Por fortuna María, á quien la debilidad de veinticuatro horas sin alimento (pues la tarde anterior ya no habia comido) colocaba en peligro de desfallecer, no sentia más que repugnancia de estómago y dolores de frente insoportables. Faltaba poco más de media hora para que se hiciera de noche. ¿No habia sido un dia completo?

La hermana mayor suplicó á su hermana y huéspeda que la dejase reposar unos minutos. Sentada, pues, en un sillon de dos brazos hácia la parte más profunda de la chimenea, Doña María comenzó á dormitar con los ojos y los sentidos abiertos. Todo la era ya punto ménos que indiferente: ni el hogar de su pobre Rosalía, ni el conocimiento tan deseado de su sobrino, ni el abrazo cariñoso al infeliz del ciego, ni el violento ejercicio de la jornada, ni los sustos crueles de su simpar viaje, nada se ofrecia con colores más ó ménos vivos á su imaginacion, como era de presumirse. Por el

Digitized by Google

contrario, una especie de tédio hácia lo presente, un vacío incoloro al rededor de sí, una insustancialidad vituperable con respecto á la complicada situacion del momento, tales eran los rasgos característicos de aquel dormitar egoista é impropio. Acudian á su olfato olores de Madrid, ruidos de Madrid, acentos y palabras que sólo en Madrid estaba acostumbrada á escuchar. Hubiera creido álguien que hasta tarareaba entre dientes, de vez en cuando, una copla ridícula de las que en Madrid suelen cantar las criadas.

¿Qué era aquello? ¿Habria caido enferma la pobre señora?—No. Doña María era presa de la nostalgia.

Cuando ese terrible mal, que sólo recuerda al país, se apodera del corazon humano, no hay médicos ni boticas capaces de combatirlo. El aplanamiento moral es su único síntoma, la desgana su consecuencia, la extenuacion su pendiente, el no existir

Digitized by Google

su término. El mejor facultativo es un maquinista, un mayoral, un piloto; la mejor receta farmacéutica, una mula, un carruaje, un navío. La dolencia es por *allá*, y todo es inútil como no conduzca hácia *allá*. Al hidrófobo se le pone un espejo delante para conocer si está atacado: al nostálgico ponedle un mapa y señalará con el dedo su patria, áun cuando desconozca la geografía. Si esto sucede, no hay más que hablarle de volver.

Rosalía, cuya ternura fraternal era á la vez respetuosa, comprendió por instinto el estado de su hermana, y se resolvió á sacarla de él.

—Cuando descanses, María (la dijo), nos marcharemos á la estacion para que tomes el tren de Madrid.

María se alzó de repente, dió un abrazo á su hermana, y murmuró:

—Vamos.

Las hermanas salieron juntas, sin permi-

Digitized by Google

tir que nadie las acompañase. Los criados de Rosalía estaban mudos de asombro. Algunos amigos de la casa, ni áun á preguntar se atrevieron lo que podia ocurrir. Las grandes complicaciones producen respeto hasta entre los imprudentes é irrespetuosos.

En la estacion se disponian los dependientes á recibir al tren. Era bien de noche.

Rosalía hubiera acompañado á su hermana, ¿quién lo duda?; pero ella tenia perdidos á su hijo y á su esposo. Dos lágrimas se le saltaron, que procuró ocultar á María.

Los gritos de «al tren, al tren,» se dejaron oir tras de la verja de la estacion: entre Rosalía y un mozo empujaron á la mujer taciturna hasta el interior de un coche vacío. En él se sentó María, ó por mejor decir, se encontró echada, cuando, creyendo estrechar aún la mano de su hermana menor, fria y temblorosa, vinieron á pedirla el billete á las puertas de Madrid.

Digitized by Google

XIII

En casa de Don Gabriel habian sonado ya las seis de la noche, cuando los pobres niños Mariano y Gabriela se desojaban desde el balcon por divisar la figura de su padre. Aquel padre tan cariñoso y tan exacto; aquel modelo de padres, que si alguna debilidad tenïa, era la de condescender demasiado con las dulces exigencias de los suyos, no venia esta vez temprano, como habia ofrecido, al seno de su casa, ni ménos con la promesa de un paseo, á recoger sus hijos para aguardar á la madre.

Marianillo habia llorado ya dos ó tres veces: Gabriela no lloraba, porque no deben

 llo-

Digitized by Google

llorar los jefes de las familias. Esperaba á cualquiera de ellos, para llorar por el otro. Allí tampoco se pensaba en comer.

La muchacha formó una resolucion heróica, y dijo á uno de los criados:

—Que vayan á buscarme un coche.

Díjolo de tal manera, y habia tales dudas en el interior de la familia, que la órden se obedeció sin vacilar.

—Tú, Alfonsa (añadió dirigiéndose á la cocinera, que era anciana), te quedas aquí para esperar á mi padre ó á mi madre. Joaquina se viene conmigo.

—El coche será de dos asientos (objetó Mariano).

—No le hace (repuso Gabriela); tú te sentarás con el cochero en el pescante.

Marianillo, que áun tenia lágrimas en los ojos de pena, se frotó las manos riendo de placer.

—Y ¿adónde piensa usted ir, señorita? (preguntó tímidamente Alfonsa).

 —Pri-

Digitized by Google

—Primero á la oficina de mi padre; despues al ferro-carril á esperar á mamá: si no encuentro á ninguno... ¿qué sé yo?...

Y las lágrimas brotaron entónces de sus ojos.

En la oficina de la Empresa Metalúrgica no habia más gente que la mujer del portero.

—Señorita (la dijo, saliendo á la portezuela): su papá de usted recibió un parte telegráfico á cosa de las dos y media, y salió al instante sin decir si volvia. No ha vuelto.

—¡Al ferro-carril! (gritó Gabriela con temblor ya perceptible). ¡Joaquina de mi alma! (añadió): ¿qué será de ellos? ¿qué será de nosotros?

En el ferro-carril recibieron á la pobre niña con un requiebro extemporáneo.

—¿Quién se le ha perdido á usted? ¡vida mia! (le dijo un factor).

—Se me han perdido mi padre y mi madre

Digitized by Google

(contestó con dignidad la muchacha), y usted tiene obligacion de buscármelos.

—No se sulfure usted, prenda (repuso el mozo): la oficina de gentes perdidas no está en este lado: vaya usted á la otra banda, y allí le dará la razon el jefe del movimiento. ¡Ay, qué movimiento!

Y la niña, seguida del muchacho, para quien era notable todo lo que observaba, y de Joaquina, que tomaba el mayor interés por la situacion de la señorita Gabriela, subieron en el acto al coche y se encaminaron á la banda opuesta de la estacion. En aquella parte, que es lo que se llama *salida*, habia un pabellon provisional con el despacho del jefe.

—Siento mucho la situacion de usted (la dijo éste, levantándose con la mayor urbanidad), y haria cuanto fuera posible por complacerla; pero su padre de usted, señorita, ha debido marchar á Getafe por el camino real, segun indicó aquí esta mañana;

Digitized by Google

y áun cuando la desgracia de la señora no parece enteramente grave, sospecho que se la traerá en el coche á Madrid. Déjeme usted las señas de su casa por si algo ocurre.

—Pero, ¡caballero! (exclamó Gabriela horrorizada). ¿Qué desgracia es esa? ¿Qué es lo que ocurre á mi pobre mamá? ¡Hable usted por Dios, señor mio; por Dios, hable usted todo lo que sepa!

El jefe, conmovido con aquellos niños y aquella criada, que en sus actitudes y en sus ojos revelaban un duelo de familia, se permitió algunos inocentes embustes sobre la ausencia de los padres, con el fin de calmar tanta agitacion y tanta pena. Aconsejóles que no se detuviesen allí, y que todo lo más debian situarse en el camino real, hácia la Puerta de Toledo, por donde vendria el coche con su padre bueno y sano, y su madre quizá restablecida.

Hiciéronlo así, no sin celebrar un pequeño consejo en que Mariano fué oido.

Digitized by Google

—Yo creo (dijo éste), que deberíamos marcharnos á casa.

Pero como de los chicos no se hace caso por cordura, Gabriela y Joaquina decidieron dirigirse en el carruaje hácia el camino real de Aranjuez.

Cuando áun no habian mediado la Ronda, oyeron un rugido espantoso que les heló el alma: era el pito siniestro de aquel ferro-carril en que quizá habia perecido su madre. El cochero paró y, con esa confianza que entre nosotros se usa de meterse cada cual en lo que ménos le importa, opinó que debian volverse á la estacion, porque la noche estaba oscura, el camino malo, y quizá los viajeros de ese tren podrian darles razon de lo que buscaban. El caballo, además, no habia comido, y era menester remudarlo.

Nuevo consejo y nuevas vacilaciones. Mariano insistia en que lo preferible era volver á casa. Pero, como de costumbre, se tomó el camino de la estacion.

 Mien-

Digitized by Google

Mientras tanto Doña María, que á la voz de «Madrid,» dada por el vigilante del tren, habia recobrado un espíritu de que se juzgaba incapaz, saltó del coche con aire de locura y se arrojó, que aquello no se puede llamar dirigirse, al grupo de curiosos que esperaban el tren, buscando en todos los semblantes las caras de los suyos.

Pero... ¡sorpresa inaudita!... ¡ni su esposo... ni su Gabriela... ni su Mariano... nadie!

Miró y remiró, ascendió y descendió diez veces por la fila de espectadores, no como mujer ni dama, sino como pantera que se agita en su cárcel; y cuando se hubo persuadido de que ninguno, ninguno la aguardaba allí, asaltó un cochecillo y ordenó al cochero que volase á su casa.

La casa de Doña María estaba silenciosa y oscura. Sacudió el llamador de la campanilla con la violencia intencionada de romper el alambre, y ¡nueva decepcion, nuevo

Digitized by Google

sobresalto, nueva angustia mortal! Alfonsa estaba sola, triste y casi acongojada.

—¡Qué ocurre, Alfonsa! (gritó Doña María). ¿Dónde está mi marido?

—No lo sé.

—¿Dónde está mi hija?

—No lo sé.

—¿Dónde está mi Mariano?

—No lo sé, señora, no lo sé (contestó la pobre vieja; y abalanzándose al cuello de su ama, rompió á llorar amargamente).

Faltan aquí palabras para pintar el dolor agudo, la consternacion profunda de aquella desdichada señora, ante el sentimiento y el lloro de su fiel criada.

—¿Todos han perecido acaso? (exclamó fuera de sí Doña María).

En aquel instante, un coche que venia á todo correr por la calle arriba, se paró á la puerta. Casi al propio tiempo, un carruaje de campanillas y colleras, de esos que aturden por donde pasan, quiso atropellar y an-

Digitized by Google

teponerse al coche parado. Simultáneo con estos ruidos, se sintió otro más característico todavía, el subir y gritar por la escalera de voces cariñosas y constantemente enlazadas al murmullo del hogar; las voces de Gabriel, de Gabriela, de Mariano y de Joaquina, que en desacorde y lastimero son se exhalaban á un tiempo.

—¡Gabriel!... ¡María! ¡Gabriela! ¡Mariano! ¡Mamá! ¡Joaquina! ¡Padre! ¡Señora!...

Hé aquí lo que los vecinos, alarmados, pudieron escuchar á la puerta.

—¡Os vuelvo á ver! (gritaba la madre).

—¡Te creí muerta! (decia Gabriel).

—¡Dame muchos besos, mamá! (instaba Marianillo, subiéndosela en el hombro).

—¡La mano, señorita, la mano! (añadia tambien Joaquina).

Sólo Gabriela se habia dejado caer en un sofá para sollozar de alegría; pero para sollozar.

Digitized by Google

La madre se sentó al cabo, y fuerza es confesar que parecia convaleciente de una grave dolencia. Sus ojos estaban inyectados, sus párpados ojerosos, sus carrillos flacos.

—Venid acá todos (balbuceó Doña María en el calor de una locuacidad difícil); venid aquí. Ven tú, Gabriela de mi alma; ¡qué asustada te veo! ¡pero me pareces más hermosa que ántes! Ven tú, ídolo mio, Marianillo travieso, bésame mucho; ¡qué alto estás! ¿has sido bueno? Y tú, Gabriel, abrázame, que me ves por un milagro de Dios. Sí, hijos mios; ¡qué viaje! ¡qué viaje!!... Ya os contaré despacio. No he visto el pueblo; no he visto á tu primo, Gabriela; no he visto á tu cuñado, Gabriél; se me perdieron las naranjas, Mariano. ¡Qué viaje! ¡Me parece que he dado la vuelta al mundo! ¡Daria cualquiera cosa porque uno de esos que escriben bien, se lo contara á todo el que lo quisiera oir!

REGENTS OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DEL AUTOR.

	REALES.
Cartas Trascendentales (PRIMERA SERIE). Tercera edicion	10
Cartas Trascendentales (SEGUNDA SERIE). Segunda edicion	10
Los Cuartetos del Conservatorio.—Con 4 retratos	8
España en Lóndres.—Segunda edicion	14
España en París.—Con láminas	25
La Novela del Egipto	20
La Capitana Cook	10

Estas obras se remiten á provincias, con un real de aumento por cada volúmen sobre el precio de Madrid, dirigiendo el pedido, con su importe, á la Administracion, calle del Pez, núm. 22.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024193096
YB 43343
Castro
199845
Digitized by Google

Digitized by Google